

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed

of

PQ6217

.T44

vol. 20

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6217
.T44
vol. 20
no. 1-14

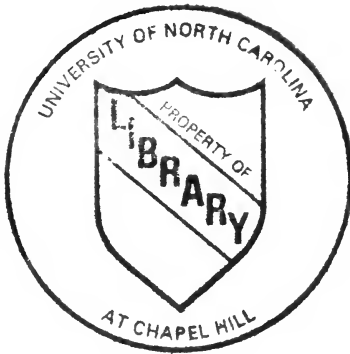


a 00002 33989 2

SF

B45

Faint handwritten notes, possibly including "P. 44" and "T. 44"

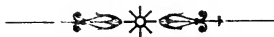


SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La musa loca

COMEDIA EN TRES ACTOS

(el tercero dividido en dos cuadros)



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906



LA MUSA LOCA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MUSA LOCA

COMEDIA EN TRES ACTOS

(el tercero dividido en dos cuadros)

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES de Barcelona,
el 4 de Julio de 1905



MADRID

B. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 D. P.º

Teléfono número 551

1906

A Jacinto Benavente

*peregrino y aristocrático ingenio, audaz
innovador de la comedia española, sus
devotísimos admiradores y amigos,*

Serafín y Joaquín.

REPARTO ⁽¹⁾

PERSONAJES

ACTORES

ACTO PRIMERO

FIDELA.....	SRTA. SUÁREZ.
DON ABEL SECANO.....	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR.....	CIRERA.
URRUTIA.....	SANTIAGO.
CABRA.....	CARSI.
TOLEDO.....	MESEJO.
MANOLO.....	JUSTE.
BARBUDO.....	DÍAZ.
DON JESÚS.....	URQUIJO.
LUCAS.....	CAYUELA.
UN PRESTAMISTA.....	GIL.
UN CAMARERO.....	FERNÁNDEZ.

ACTO SEGUNDO

DOÑA ANTONIA PACHECO.....	SRA. MORERA.
IRENE.....	SRTA. ASQUERINO.
DOÑA ANDREA.....	SRA. GUERRERO.
FELISA.....	SRTA. BERMÓN.
MARIQUITA.....	GARCÍA.
DON ABEL SECANO.....	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR.....	CIRERA.

(1) Merced á algunas ligeras alteraciones introducidas en el acto segundo de esta comedia después de su estreno en Barcelona, consignamos aquí el reparto de la primera representación en Madrid, en lugar del que allí se le dió.

Debemos, sin embargo, mencionar á la Sra. Guillén, á la Srta. Torres, al Sr. Palanca y al niño Peral, que interpretaron en Barcelona los papeles de Luisita, Felisa, don Mauricio Regla y Salazar y Eduardo respectivamente, y que no figuran en la actualidad en la compañía del Teatro Español.

URRUTIA.....	SR. SANTIAGO.
UN SEÑOR ANÓNIMO.....	DÍAZ DE MENDOZA (M.)
BUSTAMANTE.....	GUERRERO.
DON GENARO.....	MEDRANO.
ROMERO.....	SORIANO VIOSCA.

ACTO TERCERO

IRENE.....	SRTA. ASQUERINO.
LUISITA.....	CANCIO.
LIBORIA.....	BUENO.
DON ABEL SECANO.....	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
DON MAURICIO REGLA Y SALA- ZAR.....	CIRERA.
URRUTIA.....	SANTIAGO.
FOSO.....	MESEJO.
DON JOVITO.....	CARSÍ.
EDUARDO.....	NIÑO QUINTÍN.
PARRA.....	SR. VIÑALS.
BERMÚDEZ.....	URQUIJO.





ACTO PRIMERO

Negociado de don Mauricio Regla y Salazar, en una oficina del Estado, en Madrid. Mampara al foro. Ventana grande á la derecha del actor. Puertecilla de escape á la izquierda, empapelada como las paredes. Estera de cordelillo. A la derecha, en primer término, mesa y sillón de don Mauricio. A la izquierda, frente á ella, mesa y sillón de don Abel Secano, oficial primero. En el foro, á la derecha de la puerta, un par de mesas de dos pupitres fronteros cada una. La del rincón está colocada, como las de don Mauricio y don Abel, de suerte que al sentarse ante ella los empleados el público los vea de perfil. La otra en sentido contrario: un empleado dará la espalda al público y otro estará de frente á él. Hacia el centro de la habitación otra mesa análoga á la primera y colocada en igual forma. En las paredes, perchas correspondientes á las mesas y alguna anaquelera con legajos. Sobre todas las mesas, aparte el servicio de escribir, abundancia de papeles y libros. Sillas de gutapercha. Cerca de la ventana una estufa. Escupideras y cestos de papeles junto á las mesas. Pendiente del techo, sobre cada una de ellas, una bombilla de luz eléctrica con pantalla verde. Timbres. Almanaque.—La vejez y mal estado de los muebles, el polvo de libros y legajos, el borroso color del papel de las paredes, y aun los remiendos de la estera, patentizan que por la covachuela que hoy rige don Mauricio, han pasado algunas generaciones.—Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

DON ABEL; luego LUCAS; después CABRA

(La oficina está sola. Abrese la mampara y sale don Abel. Don Abel, protagonista de esta comedia, es un pobre diablo. Frisa

con los cincuenta; tiene poco pelo, y éste gris, bigotillo y mosca. Los ojos, mortecinos y tristes. Alguna vez, no obstante, fulgura en ellos siniestra llamarada. Lleva gafas de acero. Sus ropas son humildes, defendidas con maña y bencina de las inclemencias del uso. Al llegar tiende la vista por la estancia. desde la misma puerta, cerciorándose de que aún no hay allí ningún empleado.)

D. ABEL Nadie. Parece que es un crimen, y no es un crimen. (Corre á su mesa, y sin quitarse sombrero ni capa, se sienta, saca de uno de los cajones un cuaderno, y rápidamente, lleno de turbación y ansiedad, busca una entre sus páginas manuscritas.) Aquí está. (Después de leer para sí.) ¡Ab! ¡Ya decía yo! El ritmo de la frase era otro. (Leyendo.) «¿Por qué? ¿Por qué no me contestas ahora? ¿Por qué?» ¡Claro! Se repite dos veces el por qué. ¡Qué tontería! Y no he podido pegar los ojos en toda la noche. (Sigue hojeando el cuaderno.) ¡Qué bien me ha salido esta escena!... ¡Qué linda es esta frase!... «No quiero más esclavitud que la de mi cerebro: no quiero más cadenas que las de mi conciencia.» Aquí hay un aplauso, ó sé yo muy poco de estas cosas. (Mirando con recelo á la puerta.) ¿Eh?... Temí... (Volviendo á la obra.) ¿Pues y ésto? Esto parece de Echegaray. «No pidamos á la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.» ¡Bravo! Se me saltan las lágrimas. (Guardando el cuaderno.) Al cajón otra vez, drama mío, no me sorprenda alguien... Ahora causaría mofa, lo que luego ha de causar admiración y envidia. (Mientras cuelga la capa y el sombrero.) ¡Y dicen los críticos que el monólogo es falso!... ¡que no es real!... ¿Pues no vengo yo hablando solo desde mi casa? Por supuesto, ¿quién había de sospechar en el mundo que Abel Secano, el humilde oficial primero de esta misera covachuela, iba á sentir bajo su cráneo la llama de la inspiración; iba á escribir un drama como ese? . (Sale Lucas, ordenanza de la oficina, por la puertecilla de escape.)
¿Quién?

LUC. Señor Secano, buenos días.

(Este Lucas procede de la Guardia civil. Usa grandes bigotes, y conserva en su empaque y modos el sello y los hábitos de su primera profesión. En la mano trae un jarro lleno de agua, que vierte en una cacerola que hay sobre la estufa.)

D. ABEL. Buenos días, Lucas. (Abstraído: entre dientes.)
«No pidamos á la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.»

LUC. ¿Manda usted algo?

D. ABEL. Nada, Lucas.

(Lucas va á irse por el foro, á tiempo que llega Cabra, á quien deja pasar.)

CABRA. Hola, Lucas.

LUC. Felices, señor Cabra. (Vase.)

CABRA. Buenos días, don Abel. A usted no hay quien le coja la delantera.

(El ciudadano Cabra, víctima resignada de la administración, y miope de añadidura, viene de capa castaña y hongo café, y usa gafas de gruesos cristales. En la oficina usa manguitos. Las rodilleras de sus pantalones manifiestan que de los sesenta años que tiene ha pasado sentado cincuenta y cinco. Ocupa el primer pupitre de la derecha. Trae en la mano un rollo de papeles.)

ESCENA II

DON ABEL y CABRA; después DON MAURICIO

CABRA. ¿Cómo sigue el chico?

D. ABEL. Mejor está, Cabra; muchas gracias. ¿Qué papeles son esos?

CABRA. El trabajo extraordinario que le dió el jefe á Urrutia. Al fin y al cabo tuve yo que cargar con él. Hasta las tres de la mañana no he podido acostarme. (Arranca la hoja del almanaque.)

D. ABEL. Le digo á usted que se está poniendo esta casita... (saca un periódico y lee de pie junto á la estufa, sin dejar de atender á Cabra.)

CABRA. Y menos mal ustedes, los que suben. Ya ve usted yo: ayer hizo cuarenta años que tomé posesión de este mismo pupitre.

D. ABEL ¿Con cuánto?
CABRA Con seis mil reales. Y hoy tengo cuatro mil.

D. ABEL ¡Sí que es una carrera loca!
CABRA (Suspirando.) Aquí me he dejado la vista, el pulso, el pelo, el estómago... No es que yo me queje... Aquí he cogido el reuma que me va á llevar al cementerio; aquí he cogido las jaquecas que padezco alternando con el reuma... No es que yo me queje... Aquí conocí á mi mujer, que en paz descanse. Era hija del entonces portero mayor, que en paz descanse. Se empeñó en casarnos el jefe de esta sección en aquella época, don Inocencio Colmenar, que en paz descanse. La pobrecita me dejó doce hijos, que me viven todos... No es que yo me queje... A otros les va mucho peor... pero de cuándo en cuándo un desahoguillo... Iré haciendo el parte. (Se levanta, coge de la mesa de don Mauricio una hoja de asistencia, y escribe en ella los nombres de los empleados del negociado, los cuales, á medida que llegan, la van firmando.)

D. ABEL Mire usted, Cabra; yo también me veo rodeado de mucha gente. El mayor de mis chicos ya es un pollo; usted lo conoce. Es listo, es bueno; vale. Será un hombrecito. Me tiene muy contento. Pues bien: si algún día se le ocurriera decirme: «Papá, yo quiero servir al Estado», lo disecaba. No le digo á usted más. Lo disecaba.

CABRA Y haría usted muy bien. ¡Ojalá mi padre me hubiera disecado á mí! Daría gusto de verme ahora.

D. ABEL En cuanto á un servidor de usted... Pero, bueno; esto es otra cosa... Tiempo al tiempo... No quiero hablar. (Saludando á don Mauricio que llega por el foro.) Dios te guarde, Mauricio.

CABRA Don Mauricio, muy buenos días.

D. MAUR. Hola, señores. ¿Qué hay?

(Don Mauricio Regla y Salazar, jefe del negociado, es hombre recto, inflexible, aunque cortés y cariñoso con sus subordinados. Para él la administración es un

culto y él un sacerdote. Su fisonomía es vigorosa, expresiva, muy española. Tiene cuarenta y tantos años. Viste de chaqué.)

D. ABEL

¡Psché!

*¡Hoy como ayer, mañana como hoy,
y siempre igual!*

*¡Un cielo gris, un horizonte eterno,
y andar... andar!*

D. MAUR.

Chico, chico, qué por las nubes me recibes. ¿Es que te has dado á la poesía?

D. ABEL

¡Tal vez. De poeta, músico y loco...

D. MAUR.

¿Y tu pequeño?

D. ABEL

Parece que ha amanecido mejor. La noche ha sido buena. Luego vendrá la muchacha á decirme el parecer del médico.

D. MAUR.

Oye una cosa. (Don Abel se le acerca.) Mira el borradorcillo que he hecho para contestar á la Dirección. (Le da unas cuartillas.) A ver qué te parece.

(Don Abel lee para sí. Don Mauricio en tanto lo contempla con el resplandor del esperado triunfo en la fisonomía. Llega Manolo.)

ESCENA III

DICHOS y MANOLO; luego BARBUDO; después URRUTIA

MAN.

Buenos días, señores.

D. MAUR.

Hola, Manolo.

CABRA

Buenos días.

MAN.

Y frescos. (Deja gabán y sombrero en la percha correspondiente, y antes de sentarse en su sitio, que es uno de los pupitres del centro de la escena, se acerca á la estufa para calentarse. Es un muchacho simpático y listo. El gabán que lleva es de entretiem po y el traje de verano. Como se ve, tampoco nada en la abundancia. Para trabajar en la oficina se quita los puños y trueca la americana de la calle por otra remendada y llena de tinta que guarda en su pupitre.)

CABRA

Ahí tienes el parte.

MAN.

Ahora voy.

D. MAUR.

(A don Abel, así que acaba la lectura.) ¿Qué tal?

D. ABEL

De lo más bonito que has hecho, Mauricio.

- D. MAUR. ¿Eh?
D. ABEL Pero fuerte.
D. MAUR. Eso quiero: darle en la tetilla. Y ya habrás visto que le tapo todos los callejones. Que me sale por peteneras: ley de 15 de Abril del 94; que esto, que lo otro, que lo de más allá: real orden de 26 de Agosto del 95: que tal y cual y qué se yo: real decreto de 14 de Mayo del 96; que si fué, que si vino: instrucción de 12 de Setiembre del 97; que patatín, que patatán: circular de 29 de Octubre próximo pasado. Y no hay más. Tiene que meterse en el burladero.
- D. ABEL Sí, sí: no hay escape. (Se va á su sitio)
D. MAUR. Manolo.
MAN. Mande usted.
D. MAUR. Ponga usted la minuta de esto.
MAN. Sí, señor.
D. MAUR. Y que luego Cabra lo saque en limpio.
CABRA Está bien.
(Ilega Barbudo, viejo gruñón de malísimas pulgas. Disfruta un haber de seis mil reales, y toca la trompa en un teatro. Tiene más cejas que bigote. Viene de capa.)
- BAR. ¡Qué atmósfera! ¡Se masca el carbón! ¡No sé cómo pueden ustedes resistirla! ¡Aquí nos vamos á morir todos! Buenos días, señores.
- CABRA Buenos días.
D. MAUR. ¿Quieren ustedes que abramos la ventana un momento?
BAR. ¡Sí, hombre, sí!
MAN. ¡No, hombre, no! Estos del norte no tienen nunca frío.
BAR. ¡Lo que no quieren es respirar veneno!
MAN. ¡Ojalá se muera usted mañana! ¡Así puede que ascienda yo!
BAR. Sí, sí; no lo verán tus ojos. Tienes oficial quinto para rato. (Después de colgar la capa y el sombrero, siéntase ante el pupitre de frente á Cabra.)
D. MAUR. (Mirando el reloj.) La media ya y faltan cuatro todavía. El mejor día llevo el parte así, y vamos á tener un disgusto. ¿Se sabe de Jiménez?
D. ABEL Continúa malo. Yo estuve ayer á verlo.

- D. MAUR. Pues Toledito y Urrutia me van á oír. Y eso que pierde uno la fuerza moral: luego se presenta á las doce ese niño gótico de Jorgito, que abusa porque tiene el tío alcalde, ¿y quién les dice nada á los otros?
- BAR. Aquí hay dos razas: los que toman el sol y los que toman quina en rama. Y ande el movimiento. (A Cabra.) Ya me ha dado usted dos veces con el pie en la espinilla.
- CABRA Ha sido sin querer.
- BAR. Es que sin querer también me duele.
(Llega Urrutia todo jadeante. Es el hazmerreír del negociado. Viste malamente: usa un hongo muy alto y un gabán color de hoja seca, entallado y con raja hasta la cintura. Es ligeramente tartamudo.)
- URRUT. Fe... fe... felices.
- D. MAUR. ¡Vamos, hombre! ¡Firme usted el parte en seguida!
- URRUT. Us... usted perdone, don Mauricio. ¿So... soy el último?
- D. MAUR. Firme usted el parte y no se meta en más.
- URRUT. Us... usted perdone.
- D. MAUR. No hay de qué. ¿Me quiere usted decir que ha estado usted haciendo?
- URRUT. Re... re... retratándome.
- D. MAUR. ¿Cómo?
- URRUT. De... de cuerpo entero. Pien... pienso hacerme unas postalitas.
- D. MAUR. Siempre había usted de apearse por las orejas. Oiga usted. Ayer, en este oficio, me puso usted fecha de Octubre.
- URRUT. ¿Y qué?
- D. MAUR. Que estamos en Noviembre.
- URRUT. Pues... pues tiene usted razón. Me... me habré equivocado.
- D. MAUR. ¿Qué duda cabe?
- URRUT. Lo... lo rasparé, y si no queda bien haré otro. Con... con permiso. Don... don Abel, ¿cómo sigue el enfermo?
- D. ABEL. Un poco mejor; muchas gracias.
- MAN. Es verdad; que yo no le he preguntado. ¿Sigue mejor, eh?
- D. ABEL. Así parece.
(Deja Urrutia sombrero y abrigo en la percha corres-

pondiente, y se acomoda ante su pupitre, de frente al público. También se cambia de americana.)

ESCENA IV

DICHOS y un PRESTAMISTA

- PRES. (Saliendo violentamente por el foro con el sombrero puesto, una estaca de la que Dios nos libre, y unas intenciones peores que la estaca.) Buenos días.
- D MAUR. Buenos días.
- PRES. ¿El señor Toledo?
- D. MAUR. No está.
- PRES. ¿No está?
- BAR. ¡Pero cúbrase usted!
- PRES. ¿Cómo? (Se quita el sombrero.) Ustedes dispensen. ¿De modo que el señor Toledo no está?
- D. MAUR. No, señor, no está. Creo que salta á la vista.
- MAN. Espere usted un poco. (Levanta la tapa de su pupitre y mira hacia dentro en son de burla.) No; no está.
- PRES. ¿Eso ha sido un chiste? Pues el señor Toledo me anda buscando, y me anda buscando el señor Toledo, y no digo más sino que va á encontrarme el señor Toledo.
- URRUT. Us... usted á él ya es más difícil.
- PRES. ¿Sí, verdad? Buenos días. (Vase como entró.)
- MAN. ¡Ladronazo!
- URRUT. ¡Ju... judíol
- BAR. ¡Chupa sangre!
- D. ABEL Pero ¿quién es ese?
- CABRA Un prestamista.
- D. ABEL ¡Ah! El amigo Toledo trae siempre unas combinaciones y unos enjuagues...

ESCENA V

DICHOS menos el PRESTAMISTA. TOLEDO

- TOL. (Asomando el rostro apicarado por la puertecilla de escape, y dando los buenos días en voz baja.) Señores, buenos días.

- D. MAUR. ¡Toledo!
- TOL. Schsss... Por Dios, don Mauricio, no me riña usted.
- D. MAUR. Firme el parte al momento, que voy á llevármelo.
- TOL. (Obedeciendo sin quitarse la capa y con el sombrero en la mano todavía.) Sí, señor. Usted comprenderá que hay peligros superiores al rayo.
- D. MAUR. Ya, ya estoy. A trabajar ahora. (Vase por el foro con la hoja de asistencia.)

ESCENA VI

DICHOS, menos DON MAURICIO; después LUCAS

(Toledo es joven, madrileño de raza. Se peina entre chulo y señorito. Usa cuello bajo, corbata encarnada y bota con caña de colocr. Su sitio en el negociado es el de frente á Mauolo. Deja capa y sombrero y abre su pupitre mientras le interrogan los demás sobre el pasado lance)

- MAN. Oye, tú, ¿qué belén es este?
- TOL. ¡Poca cosa! Que le huyo el cuerpo á ese matatías, porque lo he clavado en cincuenta duros.
(Regocijo general.)
- MAN. ¿Sí?
- CABRA. ¿Sí?
- BAR. ¿A ese?
- URRUT. ¡Me... me alegro!
- D. ABEL. Pues es usted el príncipe de los ingenios, amigo mío. ¿Cómo ha sido la cosa? A ver, á ver...
- TOL. Ese es mi secreto. El hecho es que no ve una peseta de los cincuenta duros.
- BAR. De las pocas veces que ha tenido usted gracia.
- URRUT. In... infeliz de mí: le tomé veinte á uno de la calle del Salitre, y ya le llevo entregados más de ochenta.
- D. ABEL. ¡Qué atrocidad!
- URRUT. ¿No... no ve usted que hasta que no le dé la

- cantidad íntegra me está cobrando intereses?
- TOL. Tú tienes la culpa. Por bruto.
- URRUT. Si... si... si fué cuando la enfermedad de mi madre. No... no digo eso: fi... fi... firmo yo la horca.
- D. ABEL. Toledo, ¿me da usted *El Imparcial*?
- TOL. Sí, señor.
- D. ABEL. Tenga usted *El Liberal*.
- URRUT. ¿Quié... quiere usted *El Pats*?
- D. ABEL. Luego.
- (Cada uno está sentado en su sitio. Don Abel y Toledo leen los periódicos; Urrutia raspa y enmienda su equipación, en que vuelve á incurrir; Manolo compone un reloj, y Cabra y Barbudo trabajan. Todos, sin embargo, intervienen en la conversación. Toledo, antes de sentarse, toca dos veces el timbre, que se oye lejos.)
- TOL. Beberemos agua, ¡que diablo! Para que pase el susto.
- URRUT. ¡Mal... maldita sea mi suerte!
- MAN. ¿Qué le sucede á usted?
- URRUT. ¡Que... que he raspado Octubre y he vuelto á poner Octubre! ¿Es *pata* la mía? Se va á quedar esto como una tela de cebolla.
- TOL. ¿Tu raspador no tiene sueldo?
- URRUT. ¡No... no tiene sueldo!
- TOL. ¡Pues es quien más trabaja en el negociado!
- (Risas.)
- D. ABEL. Amigo Barbudo: ayer á su novillerito de usted le echaron un bicho al corral.
- BAR. También se los echaban á Lagartijo, amigo Secano.
- MAN. ¡Ande usted con esa, don Abel!
- URRUT. Es... es que en Madrid no se sabe ver toros.
- ¿Verdad, Barbudo?
- BAR. No señor; no se sabe.
- TOL. Para ver toros hay que ir á su pueblo de usted. ¡Creo que los lidian en la sala de sesiones del Ayuntamiento!
- CABRA. ¡Ja, ja, ja!
- URRUT. ¡Hom... hombre: crisis!
- (Gran alarma.)
- BAR. ¿Crisis?
- CABRA. ¿Crisis?

MAN. ¿Cómo crisis?
URKUT. En... en Portugal.
CABRA ¡Ah, vamos!
MAN. ¡Nos ha asustado usted!
LUC. (Por el foro, con dos vasos de agua en una bandeja.)
Agua, señores.
TOL. Deme usted, Lucas.
D. ABEL Deme usted á mí también. (Beben ambos.)
LUC. ¿Quiere algún señor más?
D. ABEL Gracias.
LUC. Servir á ustedes. (Vase.)

ESCENA VII

DICHOS menos LUCAS

MAN. Cómo se conoce que este Lucas ha sido de la Guardia civil. Siempre está cuadrado.
BAR. Ya lo malearán los otros bigardones.
TOL. (Levantándose.) ¡Ah, señor Barbudo, ahora que me acuerdo! Ya decía yo que había entre nosotros una cuentecita pendiente. Anoche, en casa de Morán, estuve cenando con varias amigas y dos ó tres ilustres *concurdaneos*; uno de ellos, este chico que escribe de teatros... este... Calpena.
D. ABEL ¿Es usted amigo de Calpena?
TOL. Unas miajas. Coincidimos en gustos: Blázquez ó N. P. U. Bueno, pues se me ocurrió preguntarle sobre la discusión que ayer tuvimos, señor de Barbudo, y me aseguró que se puede decir ó muy gordo ó gordísimo; pero que *muy gordísimo*, como usted sostenía...
BAR. ¡Y sostengo!
TOL. Es un disparate de á folio, impropio de toda persona que ande en dos pies, aunque usted lo haya oído en el Congreso.
D. ABEL ¡Claro! Escuche usted: un ministro, que ya es académico de la lengua, dice *á por* y dice *riyéndose*. Me consta.
TOL. Lo creo.

CABRA Pues un gobernador de provincia, protector mío, que en paz descanse, á las *cocretas* las llamaba croquetas.

D. ABEL Y las llamaba bien.

CABRA ¿Bien? ¿Pero no son *cocretas*?

D. ABEL No señor.

CABRA Pues es un error en que llevo cincuenta años.

URRUT. Y .. y mi portera con usted. (Risas.)

D. ABEL Bueno, señores, vamos á trabajar, que luego don Mauricio me dice á mí que si no puede dejarme solo, que si yo alboroto el cotarro, etcétera, etcétera.

TOL. Vamos á trabajar.

BAR. ¡Ya era hora!

(Todos obedecen la indicación de don Abel, á excepción de Urrutia, el cual levanta y sujeta la tapa de su pupitre con un cuadradillo, y oculto tras ella nadie puede ver lo que hace. Hay un breve silencio. A poco, hacia la derecha, principia á oirse un número popular de zarzuela tocado al violín por un músico callejero.)

URRUT. (Detrás de su tapadera.) A... ahí viene el ciego.

MAN. Pobre hombre: á las dos de la noche está todavía rascando el violín por esas calles.

TOL. Anoche lo ví yo á última hora tocando los *couplets* de las enaguas.

D. ABEL ¡Oh! ¡No puedo ya con las enaguas! ¿Va gente á ver eso, Barbudo?

BAR. fican, pican.

D. ABEL Yo lo sentiría por usted, que toca la trompa en la orquesta y se gana un sueldo honradamente; pero me alegraría de que cerraran ese teatracho.

BAR. ¡Hombre!

D. ABEL A mí deme usted arte: á mí no me dé usted pantorrillas.

TOL. Opino todo lo contrario.

(El ciego ha ido aproximándose; luego pasa cerca de la ventana, y al fin se aleja. En cuanto lo que toca llega á ser bien perceptible, primero uno de los empleados, en seguida dos, después todos ellos, tararean ó silban á compás. Toledo, en algunos momentos, hace de director de orquesta, usando por batuta un cuadradillo. En el instante en que es más vivo el entusiasmo, presenta-

se don Jesús por el foro. D. Jesús es un viejecito jubilado, recortadito y pulero. Lo reciben con mucho afecto.)

ESCENA VIII

DICHOS y DON JESÚS; después LUCAS

- D. JES. ¡Buenos días, señores! ¡Este es el negociado de la a egría! ¡Je!
- D. ABEL ¡Don Jesús! ¡Dios le guarde!
- CABRA ¡Querido Jesús!
- URRUT. ¡Ho... hola, don Jesús!
- MAN. ¿Qué tal, don Jesús?
- D. JES. ¿Estábamos de concierto, eh? ¡Cómo se conoce que anda por ahí Mauricio!
- TOL. ¡Hay que alegrar la vida, don Jesús!
- D. ABEL ¡Nos tenía usted olvidados!
- D. JES. La lluvia, hijo, la lluvia. Ya sabéis que cuando hace sol, vengo a la oficina como si estuviera en activo. No puedo remediarlo: me veo en la calle y se me vienen los pies para acá.
- D. ABEL Por aquello de que
siempre, aunque sea una cárcel,
hay un ricón olvidado...
- D. JES. ¿No es cierto, don Jesús?
- D. ABEL Muy cierto, muy cierto... (Acercándose a don Abel.) ¿Qué hay, amigo Secano?
- D. ABEL Lo de siempre: dejándonos aquí la vida, día por día. Estoy mas harto de estas cuatro paredes...
- D. JES. Hombre, pues tú no te puedes quejar: llevas una carrera muy bonita...
- D. ABEL ¡Ay, don Jesús! El mundo es muy grande, muy vario... Hay en él muchas veredas por surcar.
- D. JES. Chico, no te entiendo.
- LUC (Por el foro.) Señor Toledo; aquí le buscan.
- TOL. (Levantándose y escondiéndose á prisa tras su capa.)
¡No estoy! ¡Diga usted que no estoy!
(Manolo y Urrutia contribuyen en seguida al engaño, suponiendo que es el prestamista otra vez.)
- MAN. (Alzando la voz.) ¡El señor Toledo no ha venido! ¡No está en Madrid!

- URRUT. ;Es... está en Marruecos!
D. ABEL ;¿Quién pregunta por él?
JUC. No conozco... Es una señora muy guapa, de mantón.
- TOL. (saliendo á escape del escondite.) ;Pero, hombre, haberlo dicho! ;Si es una peinadora que me protege! (vase por el foro corriendo. Todos se ríen del lance.)
- JUC. Señor, yo no sabía... (Se va también.)
D. JES. Es mucho peine este Toledito... Oye, Abel, ¿y tu gente?
D. ABEL A Ricardín lo tengo algo malucho. Los demás están buenos.
D. JES. Irenita se ha puesto monísima. El otro día me la encontré. Iba con tu cuñada. Es un pimpollo la criatura.
D. ABEL Dios me dé fuerzas para verlos en camino á todos. Y son siete, querido don Jesús.
D. JES. Ya, ya sé que son siete. Pero tú verás cómo los sacas adelante. (Acercándose á Urrutia, el cual se levanta) ¿Qué hay, pollo?
URRUT. Us... usted dirá, don Jesús.
D. JES. Siéntate, hombre. ¿Y tu madre?
URRUT. Tan... tan buena: fastidiada con su reuma.
D. JES. ¿Y tu padre?
URRUT. Tan... tan bueno: fastidiado con su hígado.
D. JES. Hace un siglo que no los veo.
MAN. Don Jesús: ¿se le volvió á parar á usted el reloj?
D. JES. (Acercándosele.) No, hijo mío: desde que tú me lo compusiste...
MAN. Diga usted; ¿es cierto que va usted á instalar en su casa la luz eléctrica?
D. JES. Hombre, no sé: eso quiere Gertrudis. Ya veremos.
MAN. Pues no se comprometa usted con nadie.
D. JES. ¿También electricista?
MAN. También. Hay que agarrarse á todo: tengo ya dos chicos. Quedará usted satisfecho, don Jesús. Es más: le enseñaré á usted una trampa para que no corra mucho el contador.
D. JES. ¡Jel! Lo que tú no discurras... ¿Y ahora qué te haces, Manolillo?
MAN. Pues aparte esas menudencias que suelen

salirme, cuando acabo aquí en la oficina me voy á casa de Rodríguez Rincón, donde llevo el correo; allí estoy hasta las seis ó las siete, según el número de cartas; luego al Real,— ya sabe usted que soy acomodador de las plateas...

D. JES. Sí; eso es de mis tiempos. ¿Y á casita después?

MAN. ¿A casita? ¡A la buñolería!

D. JES. ¿A qué buñolería?

MAN. A una que he abierto á medias con un francés en la calle Mesón de Paredes.

D. JES. Ya.

MAN. Mi socio ha puesto el dinero y yo la inteligencia. Y hay que estar encima. Porque no es posible fiarse de nadie. Ni siquiera del socio.

D. JES. Chico, chico...

MAN. Al amanecer me retiro á casa, y trabajo un poco en marquetería, compongo relojes, ilumino algún retratillo... Lo que cae.

D. JES. Pero, muchacho, ¿y cuándo duermes?

MAN. Los domingos.

D. JES. ¡Je! (Volviéndose á don Abel un momento.) Escúchame, Abel, ¿contestaron de la Administración de Huelva ó hubo necesidad de conminarles con multa?

D. ABEL No, no; contestaron.

D. JES. ¿En la forma que yo indicaba?

D. ABEL Sí, señor.

D. JES. ¡Claro! ¡Si aquello era de sentido común! (Acercándose á la otra mesa.) ¿Qué hay, señor Barbudo?

BAR. ¿Qué ha de haber? ¡Rabiando!

D. JES. ¿Y la señora?

BAR. ¡Calcule usted: rabiando!

D. JES. ¡Vaya por Dios! Tú, amigo Cabra, siempre dando ejemplo de laboriosidad.

CABRA Psché... ¡qué remedio!

D. JES. Ya supe que se murió tu cuñada Pepa.

CABRA La pobrecita descansó. Lo que no sabes es que toda la familia está conmigo.

D. JES. ¿Sí, eh?

CABRA Una de esas gangas que á mí me caen... No

es que yo me queje, pero hazte cargo: añade cuatro bocas más á las doce que ya tenía, y dime si con cuatro mil reales es posible vivir. ¡Catorce nos sentamos á la mesa!

D. JES.

¿Catorce?

CABRA

¡Catorce! Nos levantamos en seguida ¿eh? pero nos sentamos catorce.

D. JES.

¿Tu hijo mayor te ayuda?

CABRA

Me entrega lo que gana el pobrecillo: una miseria que le dan en ferrocarriles. El segundo quiere ser actor: me trae frito.

D. JES.

¿Y Leopoldín?

CABRA

A ese lo tengo en una imprenta, y á Salvador en un comercio. Me los exprimen como limones y les dan dos reales los sábados, pero siquiera aprenden á trabajar.

D. JES.

¿Y A-uncióñ?

CABRA

Asunción se casa en Febrero.

D. JES.

Que sea enhorabuena. ¿Con quién?

CABRA

Con un sacristán. Lo primero que ha salido; no íbamos á escoger... Parece buen muchacho; la quiere...

D. JES

Bueno, hombre, bueno... Está bien, está bien... Voy á saludar á los de aquí junto.

MAN.

Vaya usted con Dios, don Jesús.

TOL.

(Llegando.) Don Jesús, vaya usted con Dios. Siempre ha habido pobres y ricos.

D. JES.

Adiós, buena pieza... Si como eres listo quisieras trabajar...

TOL.

Es que si quisiera trabajar ya no sería listo.

D. JES.

¡Je! Quedaos con Dios. Hasta otro día.

D. ABEL

Adiós, don Jesús.

URRUT

Va... vaya usted con Dios.

TOL.

Déjese usted ver de cuándo en cuándo.

MAN.

No me eche usted en olvido, don Jesús.

D. JES.

Quedaos con Dios, que láos con Dios.. (se va por la puertecilla de escape.)

ESCENA IX

DON ABEL, URRUTIA, MANOLO, TOLEDO, BARBUDO y DON MAURICIO

- TOI. Pues señor, ¡vaya un día! Después de la buena vista de mi peinadora, se me ocurre entrar en el negociado de Bermúdez, estaban tallando al monte y he ganado cuarenta céntimos.
- MAN. Eres el niño de la suerte.
- D. MAUR. (Por el foro, con unos papeles en la mano) Hoy viene el jefe con los pantaloncitos de montar. (Á don Abel.) Chico, á Marchena lo ha puesto verde.
- D. ABEL. ¿Si, eh? Pues quiera Dios que no me llame á mí, porque traigo los nervios de punta.
- D. MAUR. Urrutia, ¿qué hace usted?
- URRUT. (Asomando la cabeza por encima de la tapa del pupitre.) Pi... pi... pitillos.
- D. MAUR. No es ocasión de hacer pitillos. ¿Enmendó usted aquel oficio?
- URRUT. Sí señor; tome usted.
- D. MAUR. (Indignado al ver lo lamentable de la raspadura.) ¡Hombre, por Dios! ¿Usted cree que esto se le puede presentar al jefe? ¡Ni que raspase usted con un cuchillo de cocina! Cabra, copie usted esto en limpio.
- CABRA. En seguida.
- URRUT. Pue... puedo copiarlo yo, don Mauricio.
- D. MAUR. No hace falta; usted sume estas cantidades y ponga en un papel aparte el total que arrojen. Manolo, deme usted mis cuartillas, que el jefe las quiere leer. Probablemente no servirá una letra; pero quien manda manda. ¡Ah! y todos en su sitio, que me temo que le dé hoy la ventolera de visitar los negociados. (Se va de estampía por el foro.)
- TOI. ¡Cómo me molestan las lumbreras de la administración!
- URRUT. Y... y á este cura.
- D. ABEL. A mí me molestan la administración y las lumbreras.

ESCENA X

DICHOS, menos DON MAURICIO; un MOZO de café

- BARB. Milagro será que no nos haga venir esta noche.
- MAN. Sí; porque empieza á torcerse el día.
- TOL. Lo que será milagro es que nos escapemos sin aquello de... (Imitando á don Mauricio, pasea y dicta en tono campanudo.) Manolo: coja usted cuartillas y escriba. (Los demás se ríen.) Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, coma... (Aumentanse las risas.)
- D. ABEL. Señores, señores, que no está ni medio regular burlarse así de nuestro jefe... á espaldas suvas.
- URRUT. ¿Y... y cómo vamos á burlarnos cuando esté delante, don Abel?
- TOL. ¡Claro!
- CABRA. ¿Tiene usted papel de membrete, Urrutia?
- URRUT. ¡En... tengo un pliego; pero está manchado de queso.
- MAN. Yo tengo limpio. Tome usted.
(Sale con un servicio el Mozo de café por la puertecilla de escape, y lo deja sobre la mesa de Manolo.)
- MOZO Buenos días.
- TOL. Hola, Sebastián.
- MAN. ¿A quién le toca hoy?
- MOZO Al señor Urrutia.
- URRUT. Pues apún... púntalo.
- MOZO Está bien. Hasta luego. (Se va por el foro.)
(Suena el timbre correspondiente á la mesa de don Abel)
- D. ABEL. ¡Hombre! ¡qué gracia! ¿Qué tripa se le habrá roto á ese don Finchado que tenga yo que componer? (se levanta de mala gana). Vamos á ver á su excelencia. ¡Como si nosotros tuviéramos la culpa de que él se haya casado con una señora que lo trae de cabeza! (Vase por el foro.)

ESCENA XI

TOLEDO, URRUTIA, MANOLO, BARBUDO y CABRA; luego LUCAS

MAN. Caballeros, ¿ustedes han visto cómo esta cambiando este don Abel?

BARB. De eso justamente iba á hablar yo. Hace una temporada que es otro hombre. ¿Qué diablos le pasa?

URRUT. A... anoche, serian las doce y media, lo ví yo por la calle del Colmillo discutiendo solo.

TOL. Pues el domingo por la tarde—miento, el lunes,—estaba en un cafetín de la calle Toledo con tres ó cuatro tipos que si no eran cómicos le andaban muy cerca.

MAN. ¿Cómicos?

TOL. Así parecían. ¡Vaya usted á saber en qué andará metido!

LUC. (Por el foro.) ¿El señor Secano?

CABRA Está con el jefe.

TOL. ¿Quién lo busca?

LUC. La doncella que tiene ahora: esa que vino el otro día.

TOL. ¡Ah! ¡Esa tan guapa!

MAN. ¡Que pase!

TOL. Hombre, sí: dígame usted que pase; que don Abel ha de tardar un rato.

LUC. Perfectamente. (Se va.)

CABRA ¿No se incomodará, señores?

TOL. ¿Por qué?

MAN. La chica es preciosa.

URRUT. Y... y muy distinguidita, ¿verdad?

TOL. Eso es lo mejor: sus pretensiones de persona fina.

MAN. Digo yo: ¿si todo lo que tendrá don Abel será que ha perdido el seso por la doncellita?

TOL. No: me parece que no.

LUC. (Abriendo la mampara del foro y dejando pasar á Fidela.) Aquí. Pase usted.

ESCENA XII

DICHOS, menos LUCAS. FIDELA

(Aparece Fidela, en actitud entre resuelta y comedida, que ella cree de suprema distinción. Es una muchacha de pueblo, que por azares de su vida se encuentra en Madrid, dedicada al servicio doméstico. Viste con arreglo á su posición actual, pero con ciertos detalles que quieren ser de señorío.)

- FID. Con permiso. Muy buenos días. Ay, todos son hombres.
- MAN. Buenos días.
- URRUT. Buc... buenos días.
- FID. ¿Cómo están ustedes? ¿Están ustedes buenos?
- MAN. Bien, ¿y usted?
- FID. Yo bien; muchas gracias. ¿Sus familias de ustedes están bien?
- TOL. Bien; muchas gracias.
- URRUT. ¿Y... y la de usted?
- FID. Una servidora no tiene familia; pero muchas gracias.
- TOL. Siéntese usted aquí. (Ofreciéndole una silla junto á la estufa.)
- FID. Ahí, no; muchas gracias. Con permiso de usted, me arrebató demasiado el calor.
- TOL. (Trasladando la silla junto á la mesa de Secano.) Pues aquí entonces.
- FID. Ahí tendré muchísimo gusto. Muchas gracias. (Se sienta.)
- TOL. ¿Hace frío en la calle?
- FID. Sí, señor; muchas gracias.
- (Pausa. Todos la miran y ella alardea de que no siente turbación.)
- TOL. En seguida vendrá don Abel. Le ha llamado el jefe á su despacho.
- FID. Una servidora no tiene prisa mayormente. ¡Ay, mayormente!... Esto no lo dicen más que las personas de cierta clase. Todo se pega menos lo bonito.
- (Manolo ha repartido el café en tres vasos. Le lleva

uno á Urrutia, él bebe de otro, y el otro lo deja en el pupitre de Toledo.)

TOL. Puede usted expresarse con libertad. Aquí no nos asustamos de nada.

MAN. Y que, diga usted lo que diga, sus modales y sus palabras dicen bien claro que no es usted lo que parece.

FID. Ay, no, señor; no soy lo que parezco.

URRUT. Ya... ya se ve que es usted una persona muy distinguida.

FID. Muy distinguida, sí, señor. ¿Para qué voy yo á negar lo que salta á la vista? (Suspirando.) ¡Ay!... Los azares del mundo me han hecho descender unos cuantos peldaños en la sociedad... Por eso digo que no tengo familia, pero la tengo... y muy honrada... Si yo les declarase á ustedes el nombre de mi señor padre, tal vez se asustarían.

URRUT. ¿Ra... Ravachol?

FID. Dispéñeme usted que lo oculté.

TOL. ¡Sí, señora! ¡Pues no faltaba más! (Bajo á Manolo, al ir por su vaso) ¡Es una doncella de abrigo!) ¿Quiere usted un sorbo de café?

FID. Ay, muchas gracias.

TOL. ¿De veras?

FID. Muchas gracias.

URRUT. ¿La... la irrita á usted?

TOL. ¿Es que no le gusta?

FID. Sí, señor; sí que me gusta. He tomado mucho café en este mundo. Pero de otro modo.

URRUT. ¿En... en grano?

TOL. ¿Quieres callarte, estúpido?

FID. Ese caballero se burla. No hay como bajar unos peldaños en la sociedad para ser la diversión de la gente.

URRUT. No... no me burlo. Ha sido una broma, señorita.

FID. Señorita, bien dicho está: señorita. Empleada hoy día por mi desgracia en bajos menesteres, pero muy señorita. ¡Ay, si mi familia ganara un pleito que tiene en Portugal sobre unos títulos de nobleza! No lo ganará, porque cuando viene la mala todos son reverses. Pero sin arremontarme tanto: si

usted supiera quien fué el padrino de boda de mi hermano el fraile... (Risas.) De mi hermano el fraile, no es equivocación. Casó muy bien, enviudó el pobrecito, y de pena se metió en un convento.

URRUT. Co... como don Alvaro.

TOL. Hombre, don Alvaro no enviudó.

MAN. ¡Ni se casó siquiera!

URRUT. Pe... pero se encerró en un convento, que es lo que yo digo.

FID. ¡Ay!

MAN. ¿Y está usted á gusto en casa de don Abel?

FID. Contenta estoy, porque todos allí son muy cariñosos conmigo; pero derramo lágrimas interiores, porque quien ha sido y no es... usted calcule. Con todo, bendigo á Dios que me los puso en mi camino por una dichosa casualidad.

TOL. ¿Luego usted no tenía relaciones anteriores con ellos?

FID. No, señor. Yo, hace ya algunos meses, venía en el tren sola con mis penas, huyendo de una ciudad de cuyo nombre no quiero acordarme, como dicen en el *Don Quijote*—ya ven ustedes como tengo mi poquito de ilustración. Y—lo que pasa en las *líneas férreas*—en la segunda estación del *trayeto* se subió en mi coche una señora. Yo no podía contener los sollozos, y la señora, á poco de oirme, se interesó por mí y me preguntó lo que me pasaba. Le *referí* mi historia y me tuvo mucha piedad. ¡Mi historia es muy triste, señores míos, muy triste! Si supieran ustedes quien fué mi padrino de confirmación, comprenderían lo bajo que ha caído esta desgraciada. La señora aquella era la hermana política de don Abel—cuñada, que se dice ordinariamente,—y como se enteró de mis intenciones y la conmoví tanto con mis lágrimas, me ofreció su casa desde luego y me llevó á ella, porque vió el peligro que en un Madrid corría una joven tan decentita como yo y tan bien dotada por la naturaleza, aunque esté mal que yo lo diga.

- BAR. (Dando un puñetazo en la mesa.) ¡Ya me ha equivocado tres veces!
- FID. En fin, señores míos, qué cosa no será mi historia, cuando un señor de tanto talento como el señor Secano, ha compuesto un drama con ella.
(El empleado que menos abre un palmo de boca al escuchar tal revelación.)
- TOL. ¿Eh?
- MAN. ¿Cómo?
- URRUT. ¿Un... un drama?
- FID. Un drama, sí. ¿Pero ustedes no lo sabían?
- TOL. ¡Ya lo creo! ¡Si nos lo ha leído! (Les guiña a los demás.) Se titula...
- FID. *La paloma herida.*
- TOL. *La paloma herida*; eso es. Lo que no sabíamos nosotros era que usted fuese la heroína de ese drama.
- FID. La heroína, justo: la heroína. Sí, señor; pues yo soy.
- TOL. ¡Vaya por Dios! ¿Tan desgraciada es usted como aquella... no recuerdo el nombre... como aquella...?
- FID. Alfonsa.
- TOL. Alfonsa: cabalmente.
- FID. No la querido ponerle Fidela, que es mi gracia, por no echar un borrón sobre mi familia. En el primer *ato* y en el segundo *ato*, pasa todo de la misma manera que me ha pasado á mí. En el tercer *ato* ya varía un poquito.
- MAN. ¿Y eso?
- FID. Pues usted imagine: varía en que Alfonsa muere del pecho... y yo... en buena hora lo diga... me parece que... Don Abel no quería matarme: pero dice que luego los críticos, si no muere alguien en la obra, salen con que no es drama...
- TOL. Ya.
- FID. Y él quería que lo fuese.
- URRUT. Y... y lo probable es que lo sea.
- MAN. Sobre todo si llega á representarse.
- FID. En eso anda. Aquí le traigo yo una gran noticia: una carta de un señor que tiene mu-

cha mano con los cómicos, que lo cita mañana en su casa para que le lea el drama á un primer *ator*, á ver si lo quiere echar en su teatro. Yo me alegraré mucho de que lo eche.

TOL. Ah, pues lo echará, lo echará... ;En cuanto que lo oígal

MAN. Si no echa el drama, echa á don Abel.

FID. ¿Cómo?

TOL. (Por don Abel, que vuelve.) Aquí está nuestro hombre.

ESCENA XIII

DICHOS y DON ABEL. Al final DON MAURICIO

D. ABEL Hola, Fidelita. A ver, qué carta es esa...

FID. Tome, señor. La que usted esperaba.

D. ABEL ¿Sí? (Loco de júbilo lee la carta repetidas veces.)

FID. La señorita Irene se atrevió á abrirla, porque conoció la letra del sobre, y nos la leyó á todos. Figúrese usted qué alegría. Por eso me mandó al instante con ella.

D. ABEL Ya, ya. ¿Y el chico?

FID. Mejor está. La fiebre ha *rimitido*.

D. ABEL Pues vete allá y diles que me quedo saltando de gozo, y que hoy me marcharé más temprano.

FID. Bueno, señor.

D. ABEL Ah, mira. Ten ahí. (Dándole dinero.) Compra unos pasteles.

FID. ¿De *clema*?

D. ABEL De todos.

FID. Hasta luego, señor.

D. ABEL Adiós, Fidela. (Relee la carta radiante de alegría.)

FID. (A los empleados.) ¿Mandan ustedes algo á una servidora?

TOL. Gracias.

MAN. Muchas gracias.

FID. Pues con su permiso... Yo he tenido mucho gusto en conocerlos... (Se encamina hacia la puerta de la izquierda.)

TOL. Por ahí no...

- FID. Ay, me había confundido. Es la primera vez que entro en este local... A cualquiera le pasa... No es por falta de trato... Servidora de ustedes... (Encaminase á la ventana.)
- TOL. Por ahí tampoco: esa es la ventana.
- FID. Ya, ya lo veo. Es que iba á mirar si llovía... No es por falta de trato...
- URRUT. (Abriéndole la mampara.) Pa... pase usted.
- FID. Muchas gracias. Servidora de ustedes... (saludando á don Mauricio, que llega á tiempo y la deja pasar.) Beso á usted la mano.
- D. MAUR. Adió.
- D. ABEL. (Frotándose las manos gozoso.) ¡Bien, hombre, bien! ¡Perfectamente bien!

ESCENA XIV

DICHOS menos FIDELA. DON MAURICIO

- TOL. ¡Vaya una doncellita que gasta usted para andar por casa!
- D. ABEL. Guapa chica es, en efecto.
- D. MAUR. ¿Es esta quizás aquella de que tú me hablaste?
- D. ABEL. La misma.
- D. MAUR. Sí que tiene buen ver.
- D. ABEL. Lo que yo siento es que un pobre oficial primero como yo, cargado de familia, no puede sostener doncellas de tal fuste.
- BAR. (Acercándose á don Mauricio.) Don Mauricio, ¿me permite usted que me llegue un momento al teatro?
- D. MAUR. Sí, hombre, sí.
- BAR. Muchas gracias.
- TOL. ¿Va usted á seguir á la doncellita, eh?
- BAR. Ni más ni menos. Muérase usted de envidia. (Se pone el sombrero y la capa, y se va en medio de las risas de todos.)

ESCENA XV

DICHOS menos BARBUDO

(Don Abel no se puede estar quieto. La satisfacción no lo deja. Así, pues, mientras trabajan los demás, él pasea hablando de lo suyo.)

D. ABEL Fidelita, Fidelita... Ha impresionado Fidelita... Ustedes, los jóvenes, claro es, se fijan más en el rostro hechicero, en los labios de grana, en el seno turgente... ¿eh? Pero créanme á mí: Fidela, con ser tan hermosa, es mujer, más que para vista por fuera, para vista por dentro.

TOL. Eso no lo niego yo, don Abel.

D. ABEL Sin mostaza. Su historia, que ya les he contado á ustedes á grandes rasgos, es interesantísima de veras.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

D. MAUR. ¿Nos la vas á contar otra vez?

D. ABEL (Sin atenderle.) Es la historia hermosamente vulgar y sencilla de la mujer que cae por amor. (En sus ojos reluce la llamarada siniestra que se ha mencionado al principio.) Un hombre le miente al oído palabras engañosas: el niño ciego acecha entre flores: no pidamos á la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.

D. MAUR. Pero, Abel, ¿qué dices?

TOL. (A Manolo.) Me da el corazón que está *probando* una escenita.

D. ABEL. Y yo pregunto... (Don Mauricio lo mira asombrado por cima de los lentes.) Y pregunto yo: ¿qué sociedad es esta que tiene vítores y aplausos para el ladrón de honras ¿eh? y no más que desdén y lodo para la víctima? ¿eh? ¿eh?

MAN. Eso se pone en un drama y lo aplauden.

D. ABEL. ¿Lo aplauden, verdad? ¿Qué mundo es este en que vivimos, tan mezquino, tan miserable, tan pequeño...

D. MAUR. (Interrumpiéndole en el mismo tono, al oír el timbre correspondiente á la mesa de don Abel.) ¿En que á

lo mejor te llama el jefe y tienes que ir á su despacho?

(Risas aduladoras de los subordinados.)

D. ABEL (Un poco corrido.) Pero ¿es á mí?

(Vuelve á sonar el timbre.)

D. MAUR. A tí: no lo dudes. Ya lo estás oyendo.

D. ABEL (Contrariado.) Nuestro dignísimo superior jerárquico, sobre ser imbécil es inoportuno.

D. MAUR. Paso, paso, querido Abel: sabes que no me gusta que se trate así á quien debe merecer nuestro respeto.

D. ABEL Pues son dos trabajos, si bien lo miras: es el uno, que no te guste, y es el otro, que tienes que aguantarte. (Al timbre, que vuelve á sonar.) ¡Voy, hombre, voy! (Yéndose por el foro.) ¡Qué fastidio!

ESCENA XVI

DICHOS, menos DON ABEL

D. MAUR. Señores, necesito verlo para creerlo. Este Secano era trabajador, incansable, obediente, respetuoso; y de algún tiempo acá, yo no sé qué mala hierba habrá pisado, que se nos ha vuelto del revés: gandul, charlatán, alborotador, levantisco... Por las barbas de mi abuelo que no sé, no sé...

TOL. (Con júbilo.) ¡Nosotros, sí!

D. MAUR. ¿Cómo?

MAN. (Lo mismo.) ¡Hace diez minutos hemos descubierto la clave!

D. MAUR. ¿De veras? ¿Pues qué hay?

TOL. Hay, que don Abel ha escrito un drama con el argumento de la chica, es decir, que de la historia de Fidela ha sacado el argumento para un drama, y ese drama es el que le ha hecho perder la chabeta.

D. MAUR. ¿Qué me cuenta usted?

TOL. ¡Lo que nos ha contado la muchacha!

D. MAUR. ¡Pero si hace falta estar loco!

MAN. ¡Pues lo estará!

D. MAUR. ¡Cristo, qué desgracia!

- CABRA Tremenda, don Mauricio, tremenda... Y cuerta que una cosa así le sucedió á mi hermano Baldomero, que en paz descanse.
- D. MAUR. ¡Pobre Abel! ¡Pobre amigo mío! (Manolo y Tolledo se ríen.) No, no; no es caso de risa.
- TOL. Pues ¿de qué ha de ser, don Mauricio?
- D. MAUR. De lástima: créanme ustedes. Conozco ejemplos estupendos. El *bacillus* del autor es más temible que el del cólera morbo. El hombre que escribe un drama sin deber escribirlo, ya no tiene una hora feliz. Y siéntense ustedes, no venga y nos coja murmurando de él. (Reparando en el pupitre de Urrutia que tiene la tapa levantada y á Urrutia detrás.) Urrutia, ¿usted qué hace?
- URRUT. (Asomando la cabeza como la otra vez.) Li... limándome una uña.
- D. MAUR. Pues esa operación la deja usted para su casa. ¿Sumó usted las cantidades que le dí?
- URRUT. (Yendo con los papeles á la mesa del jefe.) Sí... sí, señor; aquí está el resultado.
- D. MAUR. ¿Qué saca usted?
- URRUT. Vein... veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas... con quin... con quin... con quince céntimos.
- D. MAUR. ¿Ve usted, hombre? ¡Luego dice usted que le tengo ojeriza! ¿Cómo han de dar estas cifras un total de veintisiete mil pesetas, si una sola de las partidas es de cuarenta mil?
- URRUT. Me... me... me habré equivocado.
- D. MAUR. (Mirándolo con indignación.) ¡Naturalmente! Cabra.
- CABRA Señor.
- D. MAUR. Haga el favor de sumar esto.
- CABRA En seguida.
(Suenan sucesivamente y á diversas distancias varios timbres. Uno de ellos es el correspondiente á don Mauricio.)
- D. MAUR. (Levantándose.) ¡Bueno va! Tenemos reunión magna. (A don Abel, que llega cuando él va á marcharse.) ¿Qué sucede, chico?
- D. ABEL. Nada, hombre, nada: que las contrariedades domésticas de ese don Botijo las hemos de pagar aquí.

- D. MAUR. Mira, Abel, no olvides lo que te dije antes.
D. ABEL ¡Pues no olvides tú tampoco lo que te repliqué!
(Se va don Mauricio.)

ESCENA XVII

DICHOS y DON ABEL

- D. ABEL (Barajando en la mesa papeles y libros y tomando notas en una cuartilla.) Ganas de pedir datos ridículos para darse tono... ¡Mentecato!... (Suena el timbre correspondiente á él.) Aguarda un poco, vida mía... ¿En dónde tendré yo esos papeletes? (Vuelve á sonar el timbre.) Aguarda un poco, digo, hijo del alma, que es más fácil dar con el dedo en el botón, que dar con estas sandeces que tú quieres. (Tararea cualquier musiquilla.) ¡Jesús, qué caramba! (Suena el timbre de nuevo.) ¿Otra vez? ¡Mira no me cruce de brazos, si hurgas mucho!
- CABRA (Inquieto.) ¡Que se juega usted el destino, don Abel!
- D. ABEL ¡Y me lo juego á usted al mus, mi querido amigo! (Risas.) ¡Pues hombre! ¡A fe que estoy yo para templar gaitas!
- D. MAUR. (Llegando y encarándose con su amigo.) Abel, ¿qué es esto? ¿No has oído el timbre del jefe?
- D. ABEL Sí.
- D. MAUR. ¿Y por qué no has ido inmediatamente al despacho?
- D. ABEL Porque... tengo reuma en los tobillos, ¿te enteras?
- D. MAUR. Para tener ese reuma es preciso ser accionista del Banco; ¿te enteras tú? Y por la amistad particular que nos profesamos, y por la subordinación que como inferior jerárquico me debes, te suplico que mientras sirvas a mis órdenes no des espectáculos como este que acabas de dar. Conque vé al despacho del jefe en seguida, y tengamos en paz la fiesta. Si no basta el ruego del amigo, valga el mandato del superior.

- D. ABEL (Un tanto amostazado y nervioso.) Mira, mira, Mauricio, no quiero contestarte.
D. MAUR. Mejor es.
D. ABEL Para tí, por lo menos.
D. MAUR. Y para tí.
D. ABEL Bien está.
D. MAUR. Pues bien está. Y silencio, ¿eh?
D. ABEL (Con desdén soberano.) ¡Eres un legajo que habla! (Se va por el foro de mal temple.)

ESCENA XVIII

DICHOS menos DON ABEL; después BARBUDO

- D. MAUR. (Paseándose preocupado.) ¡Inaudito! ¡inaudito! Y lo pongo á raya: esto no; esto no. Ni amigo, ni hermano; esto no. Si se ha vuelto loco que lo encierren. Ante todo, subordinación y respeto.
CABRA (Que hasta ahora no ha podido respirar.) Amigo Urrutia.
URRUT. Man... mande usted.
CABRA ¿Qué total era el que usted sacaba?
URRUT. Vein... veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas, con quin... con quin... con quince céntimos. ¿Y usted, qué saca?
CABRA Catorce millones, trescientos veintidós mil novecientos ocho pesetas, con quince céntimos.
URRUT. Es... estaban bien los céntimos.
D. MAUR. (Prestando atención hacia el foro.) ¿A ver?... ¿Oyen ustedes?
TOL. ¿Qué pasa?
(Oyese lejos un violento altercado entre el jefe superior y don Abel. Todos escuchan.)
D. MAUR. Ya se armó: la que yo me temía.
MAN. Pero si don Abel está desatado...
D. MAUR. Callar.
(Siguen escuchando. La tormenta arrecia allá dentro.)
TOL. ¡Buena banderilla!
D. MAUR. ¡Qué bruto!
MAN. Va á costarle el destino.
URRUT. ¡De... demonio de hombre!

- CABRA Ay, ay, ay... ¡Pobre familia! ¡Pobre don Abel!
- BAR. (Llegando en plena algarabía.) ¡Parece que hay bronca en el ocho!
- D. MAUR. ¿Pero han visto ustedes qué insensatez? ¡Estoy horrorizado! ¡Estoy perplejo! ¡Ese pobre diablo ha perdido el sentido común!
- MAN. Aquí viene, aquí viene...
- D. MAUR. Pues ahora me va á escuchar á mí. Señores, cada cual á su puesto.
(Obedecen todos, en expectativa de una escena sabrosa. Don Mauricio también se va á su sitio.)

ESCENA XIX

DICHOS y DON ABEL

(Viene fuera de sí: lívido, descompuesto, temblón, el cabello en desorden, los ojos chispeantes.)

- D. ABEL ¡Pues hombre!... ¡pues vayal... ¿Es que somos una piara de borregos? (Como si tuviera delante al jefe.) ¿Qué se ha figurado usted, señor vacío? ¿Eh? ¡Lo que le he dicho á usted en su despacho se lo repito con ilustraciones en la Puerta del Sol! (Buscando en sus interrogaciones el asentimiento de los compañeros.) ¿Eh? ¿eh? ¡Es usted una calabaza con gabán de pieles! ¿Eh?
- D. MAUR. (Levantándose.) ¡Abel: no puedo consentir que sigas por ese derrotero!
- D. ABEL ¡Pues vete, si no quieres oirme! ¡Yo tengo la lengua para hablar, y nada más que para hablar! ¡No es mi camino el de la adulación servil y baja, que dijo Cervantes! ¿Eh? ¿eh? ¿eh?
- D. MAUR. ¡Daré parte al director general y al ministro!
- D. ABEL ¡Yo me salto al uno y al otro! (Encarándose con la ventana.) ¡Sí, señor ministro! ¡me lo salto á usted, que todo lo que ha hecho en esta

oficina es quitarnos al empleado más útil, para traernos á un sobrinito imbécil, que discurre menos que un raspador! ¿Eh? ¡Ministritos á mí!... ¡Si nadie ignora que entro vucencia en el ministerio con un trapo atrás y otro delante, y ya tiene dos fincas en el Escorial y una casa de vacas en los Cuatro Caminos! ¿Eh? ¿eh? ¿Me muerdo yo la lengua? ¿Eh?

D. MAUR. (En tono duro, tratando de imponerse.) ¡Basta ya! ¡No quieras que apele á la violencia! ¡Basta ya!

D. ABEL ¡Basta, sí, basta, porque yo me voy á la calle!

D. MAUR. ¡Si te autorizo para ello!

D. ABEL ¿Si me autorizas tú?... ¡Hombre, no suelto una carcajada volteriana, porque no sabes quién fué Voltaire! (Murmurando palabras incoherentes, saca del cajón de su mesa el cuaderno del drama, y luego coge su sombrero y su capa dispuesto á marcharse.) ¡Pues tendría salero!... ¡Qué salidital... Ministros... jerarquías... autorizaciones... ¡Ja, ja! ¡A mí con esas!... Si, sí...

D. MAUR. (Yéndose á las buenas, compadecido de su amigo) Abel: no es el jefe, es el amigo quien te suplica que te quedes, que te tranquilices.

D. ABEL Déjame, déjame... ¡Si es que me ahogo! ¡si es que necesito aire puro en donde respirar!...

CABRA Pero aguarde usted un ratito, y ya más sereno...

D. ABEL ¡Nadie me chiste!

MAN. ¿No comprende usted que si sale así?...

D. ABEL ¡Nadie me conteste! ¡Hay mas horizonte que el de esta misera covachuela! ¡Hay más luz que la que entra por esa ventana! ¡Adiós, compañeros! ¡Quiero, aunque sea un día, gozar del sol de la libertad! (Blandiendo el drama.) ¡En la mano tengo la llave de mi cárcel! ¡No me compadezcáis, porque no soy digno de vuestra compasión, sino de vuestra envidia! ¡Quédese la compasión para vosotros todos; para usted, desdichado Cabra, que tendrá que seguir por los siglos de los siglos comiendo y almorzando obleas! ¡Esto dice el amigo, esto dice el caballero particular!

¡El empleado grita, para que hasta los sordos lo oigan, que se salta al jefe del negociado, y al de la sección, y al director general, y al ministro del ramo, y al presidente del consejo, y á la Constitución vigente! ¡Abur! (Vase por el foro, ante el asombro general.)

ESCENA XX

DICHOS menos DON ABEL'

(Hay un momento de estupor. Los empleados se miran en silencio, como ante una cosa nunca vista. Luego rompen á comentar el lance y acaban por charlar todos á la vez.)

- MAN. ¡Qué atrocidad!
CABRA ¡Pobre don Abel! ¡Cesantía segura!
URRUT. Pe... pero ¿han visto ustedes?
TOL. ¡Está más loco que un cencerro!
URRUT. ¡A... á mi me da pena, la verdad!
CABRA ¡Es otro, es otro!
BAR. ¡Y tiene más razón que un santo; esto es aparte!
- D. MAUR. (Dando en su mesa un formidable puñetazo, para imponer su autoridad.) ¡Silencio! (Todos lo miran.) ¡Silencio he dicho! Esto se acabó. (Con dignidad y energía.) No piensen ustedes que vamos ahora á hacer comidilla de la desgracia de nuestro compañero, que por desgracia la diputo. El señor Secano ha sido hasta hoy un funcionario idóneo, un amigo leal, un compañero intachable. Censuremos en nuestra conciencia sus flaquezas, pasajeras sin duda, pero sepamos no imitarlas. ¡A trabajar todos! (Ante algún murmullo que no da la cara.) ¡A trabajar he dicho! Ese es nuestro deber. (Cada cual ocupa su puesto.) Manolo: escriba usted lo que voy á dictarle.
- MAN. Usted dirá.
D. MAUR. Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, co-

ma... de la Armada, coma... de la Agricultura, coma... de la Industria, coma... de...
(Dieta, paseándose, con candorosa solemnidad. Los empleados lo miran á hurtadillas. Algunos se ríen disimuladamente. Por la calle, en sentido contrario que antes y tocando lo mismo, pasa el ciego del violín. El telón va cayendo con lentitud.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Interior del cuarto de doña Antonia Pacheco, antigua actriz, en un teatro de la corte. Al foro, la puerta de entrada. A la derecha del actor, una cortina abierta por medio, que da al cuartito tocador. Decorado sencillo. Sillas y divanes. Una butaca. Una mesita. En las paredes, algunos retratos de autores y actores ilustres, muertos ya. En el techo, un globo de luz. Sobre la puerta, un timbre. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

IRENE y FELISA

(El cuarto está á oscuras y cerrado. De pronto se ilumina, ábrese la puerta y salen Felisa é Irene. Irene es hija de don Abel: viste con pobreza. Felisa es la doncella de doña Antonia Pacheco, joven y bonita.)

- FEL. Pasa, pasa... ¿Ves tú cómo nadie te ha visto? Estás temblando... ¡Pobrecita!
- IRENE Si vieras que me da vergüenza... con estos guiñapos... Y que no quiero que papá se entere...
- FEL Tu papá estará en el saloncillo, si es que ha venido ya. Mi señora está en escena todavía.
- IRENE Nunca he entrado en el cuarto de una actriz hasta ahora... (Fijándose en uno de los retratos) ¿Quién es este señor?
- FEL. Uno que escribía comedias muy bonitas...

- no recuerdo su nombre. A todos estos los conoció mi señora.
- IRENE ¡Ay! ¿Saldremos con bien de nuestro empeño, Felisa?
- FEL. ¿Qué duda cabe, tonta? ¿Es posible que sea para mal nuestro encuentro del lunes, después de más de un año de no vernos? Además, mi señora goza haciendo bien.
- IRENE ¡Ay, Felisa! ¡Ojala me atienda y me ampare! Porque si se nos hunde también esta tabla, yo no sé qué va á ser de nosotros.
- FEL. ¡Pobrecita! (A un movimiento de Irene.) Calla. (Se asoma á la puerta.) ¡Dios mío!
- IRENE ¿Qué? ¿Viene alguien?
- FEL. Sí.
- IRENE ¿Quién?
- FEL. Tu papá.
- IRENE ¡Mi papá! ¡El señor nos valga!
- FEL. No te apures. Escóndete aquí. (Entreabre la cortina del tocador.)
- IRENE (Obedeciéndola.) ¿Ves qué mala suerte?
- FEL. No te apures, mujer. Está tranquila. Yo te avisaré cuándo has de salir.

ESCENA II

FELISA y DON ABEL

(Preséntase éste con las huellas de su padecer en el rostro y de su penuria en las ropas.)

- D. ABEL Felisa, Dios te guarde.
- FEL. Don Abel, buenas noches.
- D. ABEL (Sentándose con abatimiento y soltando un profundo suspiro, que es el primero de una serie.) ¡Ay!... ¿Tu señora está en escena aún?
- FEL. Sí, señor. Y todavía taida.
- D. ABEL Me parecen siglos los momentos. Tú sabes que esta noche va á hacerme la merced de escuchar mi obra.
- FEL. Sí, señor: ayer me enteré. Como sólo trabaja en los dos primeros actos de esta comedia, y quedan otros dos, tiene tiempo.

- D. ABEL ¡Ay!
- FEL. Y á propósito, señor don Abel: si usted me diera su permiso, yo me quedaría á la lectura.
- D. ABEL Desde ahora lo tienes. Más entiendes tú que algunos zopencos.
- FEL. Gracias: es favor.
- D. ABEL ¡Ay!
- FEL. Pero ¿á qué vienen esos suspiros? ¿Por qué está usted triste esta noche?
- D. ABEL Hija de mi alma, ¿cómo he de estar si llevo ya cuarenta y dos lecturas en año y medio? Me falta la fe, me falta el entusiasmo... y aun temo que me falte la campanilla. Permítame este rasgo de humorismo: también cantan los pájaros en el sauce.
- FEL. ¡Pobrecito don Abel: en cualquier tontería que dice se echa de ver el talento que tiene!
- D. ABEL ¡Ay!
- FEL. Váyase usted al saloncillo, que estará más animado que esto.
- D. ABEL (Levantándose maquinalmente.) Me iré... me iré al saloncillo... Como me iría á la casa de fieras, si me enviases... Bien es verdad que tanto monta. Adiós, Felisa.
- FEL. Vaya usted con Dios, don Abel.
- D. ABEL (Marchándose.) ¡Ay!
- FEL. ¡Pobrecito! ¡Qué acabadito y qué derrotadito está! (Acércase á la cortina del tocador y habla con Irene.) Irenita, pasó el peligro. Ya se fué. Pero bueno es que te quedes ahí, para que no te vea nadie hasta que mi señora llegue y yo la prevenga. (Asómase á la puerta del cuarto y luego vuelve al tocador.) Me parece que ha acabado ya el acto primero. Hay tiempo de todo, porque en el segundo sólo toma parte en una escenita. (Va otra vez á la puerta.) Ya viene, ya viene.

ESCENA III

FELISA y DOÑA ANTONIA; luego IRENE

(Llega doña Antonia del escenario. Viste un traje de época.)

D.^a ANT. ¡Jesús, lo que me fatiga esta pícara obra! Gracias á Dios que acabo pronto. (Siéntase en la butaca.)

FEL. ¿Hay gente?

D.^a ANT. ¿Quién ha de haber? ¡Nadie! La familia del autor en un palco, y el autor entre cortinas mordiéndose el bigote.

FEL. Pues ya ve usted que los críticos dijeron que esto era un asombro, y una maravilla, y qué se yo qué...

D.^a ANT. Pues ningún crítico de esos ha vuelto otra noche. De modo que ó tienen mucho que hacer ó no les gusta tanto como dijeron. (Pausa. Felisa mira hacia el tocador y luego va á la puerta del cuarto y la cierra.) ¿Qué haces, chica?

FEL. Perdona usted, pero ahora...

D.^a ANT. ¿Qué pasa?

FEL. Esta noche es noche de audiencia. ¡Tiene usted tan buen corazón!

D.^a ANT. ¡Ay, Dios mío! Siempre serán tus cosas. ¿Quieres decirme?...

FEL. (Entreabriendo de nuevo la cortina del tocador.) Sal, Irenita, sal.

D.^a ANT. Pero ¿quién está ahí?

IRENE (Saliendo cohibida y emocionada.) Buenas noches.

D.^a ANT. (Levantándose.) Buenas noches.

FEL. Esta señorita es hija de don Abel Secano.

D.^a ANT. ¡Ah! Celebro mucho...

IRENE Servidora.

D.^a ANT. Sí se le parece.

IRENE Usted dispensará mi atrevimiento al presentarme sin mi papá.

D.^a ANT. Atrevimiento no hay ninguno. Siéntese Venga aquí.

IRENE (Obedeciendo.) Con licencia.

- FEL. Si no es por mí no viene, le advierto á usted. Le daba vergüenza; le daba miedo.
- D.^a ANT. ¿Miedo? ¿Es que se asusta usted de las viejas?
- IRENE (Sonriendo.) No, señora. Temía lo que pudiera usted pensar de mí.
- D.^a ANT. Seguramente nada desfavorable.
- FEL. Verá usted, doña Antonia; porque si no, todos van á ser cumplimientos... Es el caso que Irenita y yo fuimos compañeras en el taller de una modista de sombreros... «Madame Lulú»: una de Triana. Y hará cosa de cuatro días, nos encontramos en la calle. ¡Lo que nos alegramos las dos! Irenita me contó sus penitas, yo le conté las mías—que algunas tengo—y lo demás... usted lo comprenderá sin que yo se lo explique.
- IRENE Dice bien: usted ya lo habrá comprendido, con sólo ver cómo me presento. Vengo á pedir por mi papá. A pedir es poco: á rogar, á implorar, á llorar, si fuese necesario.
- D.^a ANT. Conmigo no lo es, no se aflija. Usted quiere hablarme de *La paloma herida*, ¿no es eso?
- IRENE Sí, señora.
- D.^a ANT. Pierda usted cuidado, que en mí no influye poco ni mucho la desventurada leyenda que ese drama tiene, ni menos aún la condición humilde de su autor. Los viejos somos compasivos. De algo bueno han de servir los años.
- IRENE Dios se lo pagará. Todo el mundo se burla de los autores desconocidos.
- D.^a ANT. Yo no. En todo caso de los conocidos. A los otros creo que es un deber escucharlos. ¿Qué sabe nadie lo que hay en un manuscrito que no ha abierto? Algunas veces, entre el trigo asoman dos orejas; pero ¡caramba! también pueden asomar dos amapolas. ¿No es verdad?
- IRENE ¡Qué buena es usted!
- FEL. ¿Lo estás viendo? Tiene mi señora un corazón que es una posada: para todo peregrino hay albergue. Mira: el otro día vino aquí un autor, tan mal de ropa el angel de mi alma...

D.^a ANT. Tú, tú; deja las anécdotas sentimentales. Por hablar no sabes lo que dices. (A Irene.) Diga usted, niña: su papá de usted, y perdone la indiscreción, ¿no es más que autor dramático?

IRENE Ahora, nada más. Antes era empleado; pero hace ya cerca de año y medio que quedó cesante. Cuando escribió el drama, el jefe lo tomó entre ojos.

D.^a ANT. ¿Por qué?

FEL. Por envidia, y nada más que por envidia.

D.^a ANT. Calla. ¿Y son ustedes muchos hermanos?

IRENE Siete. Sino que desde la cesantía nos quedamos con papá sólo dos, porque así lo ha querido la necesidad. Los otros cinco, uno aquí, otro allá, están en casa de varios parientes.

D.^a ANT. ¿Su mamá vive con ustedes, por supuesto?

IRENE No señora: mi mamá nos faltó cuando yo tenía nueve años. Y soy la mayor.

D.^a ANT. ¿Y cómo nació en su papá de usted la idea de escribir ese drama á su edad, y de lanzarse á estas andanzas? ¿O es que su vocación desde joven le empujó á ello?

IRENE ¡Ca! no, señora. ¡Si todos en casa nos quedamos con la boca abierta! Le sopló la musa de pronto.

D.^a ANT. ¿Le sopló la musa?...

IRENE Papá sacó el drama de la historia desgraciada de una tal Fidela; una doncella que tuvimos en casa... cuando podíamos permitirnos esos lujos. Por cierto que luego hemos sabido que se casó con un cacharrero de Pozas, y que son felices. A papá le ha contrariado, porque dice que su heroína no debe acabar de tan prosáica manera; pero no varía el final de su obra, porque también dice que el arte tiene derecho á modificar la realidad.

D.^a ANT. Indudablemente. Sólo que suele ser la realidad la que lo modifica todo.

IRENE Ésa sí que es una gran sentencia. Ahí está la triste realidad de mi casa. ¡Qué cambio! ¡qué vueltas! ¡qué carecer aun de lo más

preciso! ¡Ay, señora; crea usted que nos van faltando los alientos! Ya no nos queda más tabla á que agarrarnos que *La paloma herida*, ni tenemos otra esperanza que la que usted nos dé. Mi papá espera de su drama tranquilidad, satisfacción, dinero, alegría; yo, tal vez casarme: tengo un novio que me quiere mucho; mi hermano el mayor librarse de las quintas; mis hermanitos los pequeños, volver á casa... Por eso me he determinado á llegar hasta usted, venciendo mis escrúpulos. De usted depende la salvación de esta familia desgraciada. Usted puede llenar nuestra casa de luz.

D.^a ANT. ¿Qué más quisiera yo, criatura? Yo no puedo hacer más que escuchar la obra, y pedirle á Dios que me guste mucho. Yo no soy aquí más que una actriz vieja; respetada y querida, eso sí, pero á la que no se le atiende... si no le conviene al empresario. De todos modos, haré cuanto esté de mi parte. No lo dude usted.

IRENE (Levantándose.) Pues no molesto más. Señora, le doy á usted infinitas gracias... A mi papá no le diga usted nada de esto. Adiós, señora.

D.^a ANT. Adiós, niña.

IRENE Felisa, ¿quieres acompañarme por los pasillos?

D.^a ANT. Sí, sí; acompáñala hasta la salida.

IRENE Muchas gracias.

D.^a ANT. Adiós.

IRENE Me voy muy contenta, muy contenta. (se marchan las dos.)

ESCENA IV

DOÑA ANTONIA, DOÑA ANDREA y MARIQUITA. Al final FELISA

D.^a ANT. ¡Pobre niña! ¡Qué ilusiones más desatinadas! Esta locura del teatro la debían estudiar los médicos. ¡Una familia que fía su porvenir, su vida, del drama de don Abel

Secano, hazmerreir de bastidores!... ¡Jesús, Dios mío! Y dice que le sopló la musa... ¡Pobre señor! ¡Más valía que le hubiera soplado el Guadarrama!

D.^a AND. (Asomándose con Mariquita á la puerta del cuarto.)
¿Hay permizo?

D.^a ANT. ¡Hola! Adelante.

(Pasan doña Andrea y Mariquita, madre é hija, andaluzas las dos, y meritoria esta última en el teatro. Viste también un traje de época, en armonía con el de doña Antonia.)

D.^a AND. Nos vamos en zeguía: no molestamos. Venimos na más que á darle á usté las gracias, y á darle á usté las gracias, y á darle á usté las gracias. Da las gracias, niña.

MAR. Muchísimas gracias.

D.^a AND. Esta es mu corta y no ze atreve á hablá delante e nadie. Místela ya como una amapola. Y yo le digo que en er teatro la vergüenza no zirve pa na. ¿Es ó no es?

D.^a ANT. Yo creo que no es.

D.^a AND. ¡Ay, qué graciosa ha estao! Po zí, po zí: á usté ze lo debemos to. Yevaba la pobrecita mía arrinconá zeis mezes de meritoria. Lo más que hacfa era entre bastidores: de mormuyo. Y usté la ha zacao, usté la ha zacao: usté la ha puesto en las candilejas. Dios ze lo pague á usté, doña Antonia. En er teatro, ardabas, y ardabas, y ardabas.

D.^a ANT. No, doña Andrea: en el teatro, como en todas partes, mérito, afición, estudio...

D.^a AND. ¡Y ardabas, y ardabas!

D.^a ANT. Bueno, y *ardabas*, si usted quiere.

D.^a AND. ¡Ay, me remea, me remea! ¡Qué graciosa es! Ahora, un papelito, un papelito. Porque lo de esta noche no ha zío na: zaca dos velas, y apagá una. Zo; lá, zopla cuarquiera. ¿Es ó no es? Usté que es tan güena y tiene tanta mano con loz autores, á vé zi le conzigue un papé. Ya zabe usté lo que zon estas cazas: ze está oscurecía hasta que ze agarra un papé. ¡Un papé, un papé, doña Antonia Pacheco; búsquele usté un papé! Esta lo hace to, lo hace to. Le da usté una tonta, y la

hace; le da usted una lista, y la hace; (Acercándose mucho á doña Antonia y bajando la voz.) le da usted una tunanta, y la hace,—que no zé dónde lo ha aprendío la chiquiya.

D.^a ANT. Descuide, que no he de abandonarla.

(Vuelve Felisa.)

D.^a AND. Ya lo estás oyendo. ¡Güena madrina te has echao! No la dejes tú á eya. Pínchale, pínchale; que en er teatro, ardabas y papeles, y ardabas y papeles, y ardabas y papeles. ¿Es ó no es? Y vámonos ya, que no me gusta que incomodes.

D.^a ANT. La niña no incomoda...

D.^a AND. ¿Yo zí, verdá? ¡Me la ha zortao! ¡me la ha zortao! ¡Con qué zalero me la ha zortao! ¡Quéze usted con Dios, zo gracioza! Y muchísimas gracias, muchísimas gracias, muchísimas gracias.

MAR. Muchísimas graçias.

D.^a ANT. Vayan con Dios. No las merece.

D.^a AND. (Volviéndose desde la puerta.) ¡Doña Antonia Pacheco... que zoy una madre... que zoy una madre... que zoy una madre!

D.^a ANT. Ya, ya lo sé.

(Se retiran la madre y la hija.)

FEL. Pero ¿por fin ha trabajado Mariquita esta noche?

D.^a ANT. Sí, hija, sí: por no oír á la madre; que es una madre, como ella dice, pero que habla por toda una familia.

FEL. Pues tengo que darle el parabién á la muchacha. ¡Pobrecita! ¡Es más buenecita y más pavita! ¿Qué ha hecho?

D.^a ANT. Figúrate: tenía que apagar una vela, y la apagó diez minutos antes. La Ristori no es. (Llega Bustamante, autor joven, de aspecto simpático.)

ESCENA V

DOÑA ANTONIA y BUSTAMANTE

BUST. Ilustre doña Antonia.

D.^a ANT. Hola, Manolillo. ¿Cómo lo pasas?

- BUST. Bien, ¿y usted?
- D.^a ANT. No te agradezco la visita. Sé que vienes aquí porque están cerrados los cuartos de las jóvenes.
- BUST. No sea usted mal pensada.
- D.^a ANT. No seas tú hipócrita. (Viendo que Felisa se entra en el tocador.) Y también vienes porque te gusta mi doncella.
- BUST. Me gusta, sí; pero no vengo por eso. Yo, como autor, seré una desdicha; pero como particular, soy de lo más formalito que pisa escenarios.
- D.^a ANT. Ya, ya te conozco.
- BUST. Vengo del saloncillo, doña Antonia; y vengo á respirar, le soy á usted franco. ¡Ése señor Secano es un ciprés! ¡No habla más que de asuntos tristes! Me ha entrecogido en un rincón y me la ha dado buena. Va á limpiar aquello de gente.
- D.^a ANT. ¡Pobre don Abel!
- BUST. Pobre, sí; pero que no se meta en el saloncillo á amargarnos la vida á todos.
- D.^a ANT. Pues tú, y otros como tú, tenéis la culpa. Porque os divertía le dábais bromas verdaderamente crueles, haciéndole creer que era un genio, y entre todos le habéis vuelto el juicio. Ayer recibió una carta de París, pidiéndole su obra para la Comedia Francesa. ¿Te parece? El otro día le hicieron un retrato en el cuarto de la Peral, diciéndole que iba á publicarse en un periódico de Alemania. En fin, horrores.
- BUST. Esas son cosas de Rufete.
- D.^a ANT. Pues bien podía Rufete emplear más ingenio en las obras y menos en el saloncillo.
- BUST. Más en las obras, lo comprendo; pero menos en el saloncillo, no puede ser.
- (Se ríen los dos.)

ESCENA VI

DICHOS y UN SEÑOR ANÓNIMO; después DON GENARO
y ROMERO

(Este señor Anónimo es uno de esos seres insignificantes y entrometidos que conocen á todo el mundo, y á quienes no conoce nadie. Habla de lo suyo como si la humanidad viviera consagrada á pensar en él. Viste con pulcritud, está siempre contento, y saborea la dicha de vivir.)

- SEÑOR (Asomándose á la puerta del cuarto.) ¿Se puede?
D.^a ANT. Adelante.
SEÑOR ¿Cómo está usted, mi señora doña Antonia?
D.^a ANT. (Sin saber con quién habla.) Bien... ¿y usted?
SEÑOR Bien, muchas gracias. ¡Caballero Bustamante! ¿qué tal?
BUST (Lo mismo que doña Antonia.) Bien... ¿y usted?
SEÑOR ¡Vamos tirando de esta vida perra! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana.
D.^a ANT. ¿No se sienta usted?
SEÑOR Con mucho gusto. Estaré un ratillo.
D.^a ANT. (A Bustamante.) (¿Quién es, tú?)
BUST. (A doña Antonia.) (No lo sé, doña Antonia.)
SEÑOR Pues sí: he llegado hoy.
BUST. ¿Y se va usted mañana?
SEÑOR Mañana, sí; no puedo abandonar aquello.
D.^a ANT. Claro.
SEÑOR Yo siempre como un meteoro. ¡Je! ¡Ni visto ni oído! ¡Tan pronto aparezco como desaparezco! ¡Je! ¿Usted se casó, Bustamante?
BUST. No, señor.
SEÑOR ¿No? Pues ¿quién se ha casado?
BUST. ¡Mucha gente! ¡Como que es no parar!
D.^a ANT. ¡Cualquiera pesca á este mariposón!
SEÑOR Ya, eso sí; pero yo juraría haber leído... ¡Ah, doña Antonia! Muy encarecidos afectos de Julia: ¡pero muy encarecidos!
D.^a ANT. ¿De quién?
SEÑOR ¡De Julia!
D.^a ANT. Ah... de Julia. Devuélvaselos usted de mi parte.
SEÑOR Lo agradecerá muy de veras. Está encanta-

da con usted: ¡encantada! ¿Se acuerda usted del día del chocolate?

D.^a ANT. No. Digo, sí; sí me acuerdo.

SEÑOR ¡Ya ha llovido! ¿Se lo ha contado usted a este? Puede que le saque partido para una piececilla.

D.^a ANT. Momentos antes de llegar usted—mire usted qué casualidad—hablábamos precisamente de eso.

SEÑOR ¡Lo que nos reímos! ¿Se acuerda usted?

D.^a ANT. ¡Como que yo me puse mala!

BUST Y yo, cuando me lo contó. (A doña Antonia.) (Es que no tengo la menor idea de este caballero.)

(Se ríen los tres: doña Antonia y Bustamante, del señor Anónimo, y éste del día del chocolate. Llega don Genaro, caballero elegante.)

D. GEN. Pues, señor, a ese don Abel vá á haber que darle un destino en Caracas. ¡Muy lejos!

BUST. ¿Otro que huye?

D. GEN. ¡Y huirán hasta los retratos de la pared! ¡Si es tétrico! ¡Si es abrumador! ¡No hay digestión tranquila con ese hombre!

D.^a ANT. ¡Ja, ja! Mi cuarto es un refugio esta noche. ¡Qué poco pueden ustedes sufrir al prójimo!

D. GEN. ¡A prójimos patibularios, desde luego! Yo no, yo no. He comido con la de Vista Alegre: estaba guapísima. Nos ha dado una comida espléndida: vinos y licores exquisitos... Yo terminé con *pippermint*. ¡Pues por causa de ese señor Secano, se me ha puesto la langosta de pie! ¡Imposible! ¡imposible!

SEÑOR (Sorprendido de que don Genaro no lo salude.) ¡Amigo don Genaro! ¡Desde que no nos vemos no nos conocemos! ¡Je!

D. GEN. (Confuso.) Ah... usted dispense... No había reparado...

SEÑOR ¿Cómo está usted?

D. GEN. Bien... ¿y usted?

SEÑOR He llegado hoy. Me voy mañana.

D. GEN. Ya.

SEÑOR Si quiere usted algo para aquella gente... ¡Je!

D. GEN. Nada: expresiones... (A doña Antonia.) ¿Quién es este señor tan regocijado?)

- D.^a ANT. (A don Genaro.) (Por lo visto se trata de un anónimo: ha llegado hoy, pero viene sin firma.)
- SEÑOR Vaya, vaya, con don Genaro... ¡Je! ¿Se acuerda usted del día de las ostras? ¡Je! ¡Ya ha llovido!
- D. GEN. Le diré á usted... tomo ostras casi todos los días; de modo que no es fácil...
- SEÑOR ¡Je! ¡Cómo nos divertimos!
- (Aparece Romero en la puerta. Viste, como doña Antonia, de época.)
- ROM. ¿Está aquí Bustamente? (viéndolo.) Bueno, chico, esto es cosa resuelta: hay que sortearse para ver quién mata á Secano.
- (Risas.)
- D.^a ANT. Calle usted, mala sangre.
- ROM. ¿Mala sangre? Mire usted, doña Antonia...
- SEÑOR (Cortándole la palabra con un abrazo que no puede retardar más tiempo.) ¡Romerillo! ¿Cómo te va? ¡Dichosos los ojos, hombre, dichosos los ojos! ¿Qué hay?
- ROM. (Perplejo.) ¿Que qué hay? Pues... nada... Aquí representando comedias.
- SEÑOR Confíe-alo: ¿á que lo que menos esperabas era verme?
- ROM. Sí, sí; efectivamente: lo que menos. (A don Genaro.) (¿Quién es?)
- D. GEN. (A Romero.) (Se ha perdido la fe de bautismo.)
- SEÑOR Yo las gasto así: cuando menos se piensa... ¡Je!
- D.^a ANT. Ha llegado hoy.
- SEÑOR Sí: he llegado hoy.
- D.^a ANT. Y se va mañana.
- SEÑOR Sí: me voy mañana. ¿Qué he de hacer? No tengo más remedio. El ojo del amo... ¡Je! Al yunque, al yunque. Además, tú sabes lo que es Julia.
- ROM ¡Oh! No me hables de eso. ¿Está buena, eh?
- SEÑOR Sí, ya está buena. Aquello no fué nada. Un parto doble: lo de todos los días. ¡Je! Ahora sueña con su automóvil.
- BUST Amigo, cómo se conocen los ricos...
- SEÑOR ¡El que habla, y escribe cuatro patochadas y gana un dinerall! ¡Je!

- BUST. ¡Hombre!
- SEÑOR No lo niegue usted, porque lo han dicho los periódicos muchas veces. Siempre que estrena usted le ajustan las cuentas los críticos. ¡El teatro es un filón! ¡un filón!
- D.^a ANT. ¡Un filón! ¡Y todos los autores, ricos! Ahí está don Abel Secano.
(Movimiento en todos como para irse.)
- ROM. ¿Dónde?
- D.^a ANT. Lo cito como ejemplo.
- ROM. Ya. Hasta esta noche no me ha colmado las medidas el tal Secano. Antes no era así. ¡Se ha puesto de un fúnebre que aterra!
- SEÑOR Pero ¿quién es él? ¿Quién es ese?
- D.^a ANT. Un pobre señor que ha escrito un drama y no consigue verlo representado. ¿Le parece á usted floja desdicha?
- SEÑOR Si fuese divertido me lo llevaba mañana á almorzar. ¡Je! Yo me río mucho con esos tipos.
- ROM. A eso estamos: á reirnos los unos de los otros. ¿No es verdad?
- SEÑOR ¡Je! ¡Qué punto! Romerillo, Romerillo... ¿Te acuerdas del día del arroz? ¡Je!
- ROM. ¡Cáculate: no pienso en otra cosa!
- SEÑOR ¡Ya ha llovido, caramba, ya ha llovido!
- D. GEN. Oiga usted, doña Antonia: ¿y hay catástrofe en ese drama?
- D.^a ANT. Yo no lo conozco todavía.
- BUST. ¿Que si hay catástrofe? ¡Espantosa!
- D. GEN. ¡Por Dios, que no nos pongan eso! ¡Va á ser imposible venir! ¡Si el teatro no es un sitio para digerir bien, no sé qué es el teatro!
- D.^a ANT. Compadezco á ese pobre hombre. Son tantos los que se han soltado á escribir comedias á la buena de Dios, que ya va habiendo más autores que público.

ESCENA VII

DICHOS y URRUTIA

- URRUT. (Presentándose en la puerta sombrero en mano, azorado y temblón.) ¿Se... se puede pasar?
- D.^a ANT. Adelante.
- URRUT. (Sin oírla.) ¿Se... se puede pasar?
- D.^a ANT. Adelante.
- URRUT. Bue... buenas noches.
- D.^a ANT. Buenas noches.
- D. GEN. Buenas noches.
(Urrutia mira á todos, con cuya presencia no contaba, y no acierta á decir palabra. Pausa angustiosa.)
- D.^a ANT. ¿A quién busca usted?
- URRUT. A... á la señora Pacheco.
- D.^a ANT. Yo soy.
- URRUT. Lo... lo siento mucho.
- D.^a ANT. ¿Cómo?
- URRUT. No... nada... Me... me he equivocado.
(Nueva pausa y nuevas miradas. La reunión se ríe con disimulo.)
- D.^a ANT. Usted me dirá lo que quiere.
- URRUT. A... ahora no es ocasión. Está usted ocupada. Vol... volveré.
- D.^a ANT. Como usted guste.
- URRUT. Tra... traía una cartita.
- D.^a ANT. ¿Para mí?
- URRUT. Pa... para usted.
- D.^a ANT. Pues démela, y la leeré con permiso de estos señores.
- URRUT. Sen... sentiría incomodar.
- D.^a ANT. No, no señor, no.
- URRUT. To... tome usted entonces. (Al adelantarse hacia doña Antonia para darle la carta, pisa á uno, y al retroceder para ponerse donde estaba, pisa á otro.) Us... usted dispense, caballero.
- D. GEN. No hay de qué.
- URRUT. ¿Le... le he hecho á usted daño?
- SEÑOR. No, señor.
- D.^a ANT. (Leyendo la carta para sí.) Ah, es de Rovira. Perfectamente. (Apartándose á un lado.) Haga usted el favor.

- URRUT. Sen... sentiría incomodar.
D.^a ANT. Siéntese usted.
URRUT. Gra... gracias: no tengo prisa.
D.^a ANT. Pues soy toda oídos.
URRUT. ¿To... toda oídos?
D.^a ANT. Quiero decir que ya le escucho.
URRUT. No... no la entendí á usted. Se... se trata de un monologuito, escrito para usted expromfeso
D.^a ANT. ¿De usted?
URRUT. Y... y de tres compañeros de oficina. La idea es de un servidor.
D.^a ANT. ¿(Cómo se titula?
URRUT. *El... El baul mundo se vende.*
D.^a ANT. ¿Es cómico?
URRUT. Tie... tiene lo suyo.
D.^a ANT. Bueno; pues yo lo leeré con todo cariño, y usted se da una vuelta por aquí dentro de unos días.
URRUT. ¿Co... como cuando?
D.^a ANT. ¿Hoy qué es, jueves? El lunes próximo.
URRUT. Mu... muy bien. Me... me alegro de que no sea el martes. Le suplico á usted benevolencia; y que influya para que lo pongan; que está todo muy malo, y... y un servidor tiene á su padre, y... y tiene á su madre, y... y tiene á su novia, y... y tiene cuatro mil reales de sueldo.
D.^a ANT. Ya, ya me hago cargo.
URRUT. Pues... pues muchísimas gracias. Us... usted perdone la libertad... y hasta el lunes.
D.^a ANT. Pero ¿y el monólogo?
URRUT. ¿El... el monólogo? (Palpándose.) ¡Es *pata* la mía! ¿Pues no me lo he dejado en casa? Y... y lo puse adrede con el sombrero.
D.^a ANT. ¡Vaya por Dios!
URRUT. Yo... yo se lo traeré á usted mañana.
D.^a ANT. (Reprimiendo la risa.) Cuando usted quiera.
URRUT. Bue... buenas noches.
D.^a ANT. Adiós.
URRUT. (A los contertulios.) Bue... buenas noches.
BUST. Buenas noches.
URRUT. (Dándoles la mano uno por uno de puro aturrido que está.) Que... que usted siga bueno... Que .. que

- usted siga bueno... Que... que usted siga bueno... Que... que usted siga bueno.
- SEÑOR Vaya usted con Dios.
- URRUT. (Á doña Antonia.) ¿Me... me he despedido de usted?
- D.^a ANT. Sí, señor.
- URRUT. Us... usted dispense la pregunta. (Pisando a otro al retirarse.) Us... usted perdone. ¡Parece que voy ciego! ¡Es *pata* la mía!
(Todos se rien de él cuando se va.)

ESCENA VIII

DICHOS menos URRUTIA. DON ABEL

- ROM. ¿Quién es ese moscón que tanto tropieza?
- D.^a ANT. Un autor que no viene más que á traerme un monólogo, y se lo deja en casa. Compadecámosle también.
- BUST. Dios le dé mejor suerte que á don Abel Secano.
- D. GEN. ¡Y una musa más regocijada!
(Suena el timbre.)
- D.^a ANT. Me llaman á escena, señores. Ustedes se quedan en su cuarto. (Saludando á don Abel, que llega á tiempo que ella se va.) ¡Don Abel! ¡Tanto gusto!...
- D. ABEL ¿Cómo está usted, mi buena amiga?
- ROM. (¡Uf!)
- D. GEN. (¡Nos copó!)
- BUST. (¡A mí no me pesca!)
- D.^a ANT. Pase, pase; ahora vuelvo. No tengo más que cuatro palabras. (se va.)
- D. ABEL Buenas noches, señores.
- SEÑOR Buenas noches. (Á Bustamante.) (¿Es este el *sombrón*?)
- BUST. (Al Anónimo.) (El mismo.)
- D. ABEL ¿Qué hay de cosas, amigo Bustamante?
- BUST. ¡P'sché!...
- (Bustamante, Romero, don Genaro y el señor Anónimo se van marchando con toda suavidad y disimulo, sucesivamente, huyendo de la quema y tarareando una misma canción entre todos. Uno la empieza y los demás la siguen al marcharse.)

BUST. Tará tará tará tarara...
ROM. Tiri tiri tiri tiró...
D. GEN. Torá torá torá toriaro...
SEÑOR Turú turú turú turó...

ESCENA IX

DON ABEL y FELISA

D. ABEL (Con amargura.) Cuando no les distraigo me huyen... ¡Y se figuran que no me doy cuenta!... ¡Ay, Abel, qué camino más largo y más penoso! (siéntase dando muestras de postración)

FEL. (Saliendo del tocador.) ¿Está usted hablando solo, señor Secano?

D. ABEL Sí, hija mía; estoy hablando so'lo.

FEL. ¡Ay, pobrecito! ¿Y por qué es eso?

D. ABEL Porque no tenía con quien hablar, y tenía que hablar necesariamente.

FEL. Pero, dígame usted; ¿no estaban aquí unos señores?

D. ABEL Aquí estaban, sí; pero entré yo... y eso bastó para que se fueran.

FEL. ¡Pobrecito! Ande usted, que ya le llegará la suya.

D. ABEL ¿Lo crees tú?

FEL. A pies juntillas, don Abel. ¡No faltaba más sino que se quedara oscurecido un talento tan grande! Verá usted cómo mi señora le da la mano.

D. ABEL Dime, Felisita, ¿qué piensa doña Antonia de mí? ¿Qué dice de la lectura de esta noche? ¿Le has oído algo? ¿Sabes algo? ¿Me puedes contar algo?

FEL. Don Abel... Don Abel... ¿Ve usted? Ya la tenemos.

D. ABEL ¿Qué tenemos?

FEL. Ya voy á decir lo que no debía.

D. ABEL ¿Cómo?

FEL. Lo que he prometido callar.

D. ABEL ¡Dímelo, por Dios!

FEL. ¿Quién piensa usted que ha estado aquí hace poco?

- D. ABEL. ¿En dónde?
FEL. Aquí: en este cuarto.
D. ABEL. ¿Quién?
FEL. Irenita.
D. ABEL. ¿Mi hija?
FEL. Sí, señor.
D. ABEL. ¿Mi hija? ¿Que ha estado aquí mi hija?
¿Para qué?
FEL. Para pedirle á mi señora protección y amparo.
D. ABEL. (conmovido) ¡Hija de mi alma!
FEL. Yo la traje, yo la presenté, yo la acompañé luego hasta la puerta... ¡Iba la pobrecita saltando de gozol! ¡Porque no sabe usted cómo la recibió mi señora!
D. ABEL. ¡Ay, si esto fuera el principio del fin!
FEL. Lo será, lo será.

ESCENA X

DICHOS y DOÑA ANTONIA

- D.^a ANT. (saliendo.) ¡Gracias á Dios! Esta noche ya no vierto más perlas, don Abel.
D. ABEL. ¿Acabó usted ya?
D.^a ANT. Por fortuna. Nada me molesta tanto como trabajar con el teatro vacío. ¿Tiene usted ahí la obra?
D. ABEL. ¡Qué pregunta!
D.^a ANT. Bueno, pues me voy á quitar estas galas y la leeremos en seguida.
D. ABEL. ¡Jel... Los malos tragos... ¿No?
D.^a ANT. Una advertencia. Creo que debe usted invitar á Carranza. Es el primer actor de la compañía y le conviene á usted tenerlo de su parte. No vendrá, pero usted lo invita y queda bien. Dígale que ya estamos de acuerdo.
D. ABEL. ¡Cuántas bondades, doña Antonia! ¿Cómo podré pagar?... Yo también me he permitido invitar á un amigo... ¿Usted no tendrá inconveniente?

- D.^a ANT. ¡Ninguno! ¡Traiga usted á quien quiera.
- D. ABEL Gracias. ¿Será usted benévola con este pobre autor?
- D.^a ANT. Lo soy con todos. Mi padre fué escritor también, y sé lo que cuesta producir.
- D. ABEL Es usted muy buena, muy buena... Usted no puede imaginar lo que va á resolverme... lo que para mí significa... Además, aquí, entre tantas burlas, entre tanto desprecio, si viera usted cuánto se estima esta consideración, esta cortesía... aunque no sea más que esto... Vaya, vaya, no quiero dar el espectáculo de echarme á llorar como un chiquillo.
- D.^a ANT. Por Dios, don Abel; ¿á qué viene eso ahora? Ande usted á cumplir con Carranza. Yo salgo al instante.
- D. ABEL Allá voy, allá voy...
- FEL. ¡Pobrecito! (Entrase con doña Antonia en el tocador.)

ESCENA XI

DON ABEL y el SEÑOR ANÓNIMO

- D. ABEL (Enjugándose los ojos.) Esperaré un momento... Temo que esas fierecillas me vean llorar. Porque si hay uno que se ría de estas lágrimas, soy capaz de ahogarlo. (Pausa.) ¡Quién sabe! ¡quién sabe! Puede que la victoria esté cerca, y entonces... Yo no guardo rencor para nadie, pero esos que se mofan de mí descaradamente, esos que hacen sainete de mi desgracia... esos... lo que es esos...
- SEÑOR (Presentándose risueño y decididor como de costumbre.) Felices.
- D. ABEL ¿Quién? (Reconociéndolo.) ¡Ah!
- SEÑOR ¿Sabe usted si la señora Pacheco está en el tocador?
- D. ABEL (Después de mirarlo de arriba abajo, márchase tarareando la misma canción que antes le tararearon á él.)
Tari tari tari tariaro...

ESCENA XII

EL SEÑOR ANÓNIMO y DOÑA ANTONIA

- SEÑOR ¡Ay, qué gracia! ¡Me la ha devuelto! ¡Es el *sombrón!* ¡el loco! ¡Je! ¿Pero que ese pobrete quiera escribir comedias? ¡Qué cosas se ven! (Acercándose al tocador y gritando) ¡Doña Antonia!
- D.^a ANT. (Dentro.) ¿Quién?
- SEÑOR Yo.
- D.^a ANT. ¿Quién?
- SEÑOR Yo.
- D.^a ANT. ¿Quién?
- SEÑOR Yo.
- D.^a ANT. ¡Ah!
- SEÑOR Un minuto nada más, doña Antonia. Me voy mañana, y las despedidas á la francesa no entran en mis costumbres. ¡Je! ¿Qué me dice usted para Julia?
- D.^a ANT. ¿Para Julia? Nada... mis afectos... ¡Y que á ver cuando voy por allá!
- SEÑOR ¡Bravo! Otra cosita, y no molesto más por ahora. Dentro de un mes volveré á verla. ¡Recíbame usted con un trabuco!
- D.^a ANT. ¿Por qué?
- SEÑOR En mis ratos perdidos he escrito una comedia de chistes, y deseo que usted la conozca. ¡Je! ¡Es un mamarracho muy grande! ¡Je!
- D.^a ANT. ¡Jesús, qué sorpresa! ¿Cómo había yo de presumir...?
- SEÑOR Cuando el diablo no tiene que hacer, escribe comedias con el rabo. ¡Je! ¡Ah! Y conste que si á usted le parece más mala que á mí, me la echa al corral sin rodeos. ¡Yo no me enfado! ¡A otra!
- D.^a ANT. ¡Eso es! ¡A otra!
- SEÑOR Conque hasta pronto. Muchos aplausos, mucha salud... y muchas pesetas. ¡Sin pesetas no se camina! ¡Je!
- D.^a ANT. ¡Adiós!
- SEÑOR ¡Adiós!

ESCENA XIII

EL SEÑOR ANÓNIMO y DON MAURICIO

- SEÑOR (A don Mauricio, que llega cuando él va á marcharse.) Pase usted.
- D. MAUR. Usted primero.
- SEÑOR Hágame el favor.
- D. MAUR. Muchas gracias.
- SEÑOR ¡Calle! ¡No lo había conocido! ¿Cómo estamos?
- D. MAUR. (Sin conocerlo á él.) Bien... ¿y usted, señor?
- SEÑOR ¡Tan famoso! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana. ¿Quiere usted algo para allá?
- D. MAUR. Nada: feliz viaje.
- SEÑOR Que usted siga bueno.
- D. MAUR. Vaya usted con Dios. (Cuando se marcha el otro) No recuerdo haberlo visto en mi vida.

ESCENA XIV

DON MAURICIO y FELISA; después DOÑA ANTONIA

- FEL. (saliendo del tocador.) ¿Quién es?
- D. MAUR. Buenas noches.
- FEL. Buenas noches.
- D. MAUR. ¿El cuarto de la señora Pacheco es este?
- FEL. Este es.
- D. MAUR. ¿Está la señora?
- FEL. Cambiándose de traje está. ¿Qué se le ofrece á usted?
- D. MAUR. Hablar con ella; pero por mí que no se impacienta.
(Felisa entra y sale trayendo y llevando recaditos.)
- FEL. Que tenga usted la bondad de decirme su nombre.
- D. MAUR. Dígale que no me conoce; que es inútil.
- FEL. Que haga usted el favor de sentarse.
- D. MAUR. (Obedeciendo.) Muchas gracias.
- FEL. Que no hay de qué. (Quédase en el cuarto. Pausa. Se miran los dos como queriendo reconocerse.)
- D. MAUR. Su cara de usted me es conocida.

- FEL. Y á mí la de usted, señor. Desde que salí me estoy fijando, y juraría que le he visto en alguna parte.
- D. MAUR. Igual me ocurre á mí con usted.
- FEL. (Recordando de pronto, y con muestras de complacencia.) ¡Ah, ya caigo!... Sí, sí, el mismo; ya se quién es usted. Y es la tercera vez que le veo; pero soy muy buena fisonomista.
- D. MAUR. Vamos á ver: ¿quién soy?
- FEL. Ahora, no sé: antes, era usted el jefe del señor don Abel Secano.
- D. MAUR. Cierto. ¿Y usted?
- FEL. Yo soy una amiguita de Irene. Y alguna vez tuve el gusto de encontrar á usted en su casa.
- D. MAUR. Sí, es verdad; sí.
- FEL. ¿Y qué le trae por aquí, señor? Por si puedo servirle en algo lo pregunto.
- D. MAUR. Por aquí me trae precisamente el propio don Abel.
- FEL. ¿Es usted quizás el amigo suyo á quien ha invitado á la lectura?
- D. MAUR. El mismo soy. Ya veo que tiene usted noticias.
- FEL. Me hallaba presente cuando se lo advirtió á la señora. ¡Es precioso el drama de don Abel! ¿Usted no lo conoce aún?
- D. MAUR. Lo conozco, sí. No es drama: es tragedia.
- FEL. ¿Tragedia?
- D. MAUR. Sí: tragedia.
- FEL. Usted fué siempre gran amigo suyo.
- D. MAUR. Y sigo siéndolo. Por eso he venido á la lectura.
- (Sale doña Antonia en su traje habitual de calle. Don Mauricio se levanta.)
- FEL. La señora.
- D.^a ANT. Muy buenas noches.
- D. MAUR. Buenas noches. Usted me perdonará la libertad... Ya creo que sabe usted por el señor Secano...
- D.^a ANT. Ah, sí. ¿Es usted su amigo?...
- D. MAUR. Mauricio Regla y Salazar, para servirla. El iba á presentarme á usted: me presento yo, y tanto monta.

- D.^a ANT. Siéntese usted. Ahora vendrá el reo.
D. MAUR. ¿Quiere usted hablar cuatro palabras conmigo, antes que venga él?
D.^a ANT. Con mil amores. Felisa...
FEL. Yo le he pedido permiso á don Abel para quedarme á la lectura.
D.^a ANT. Á la lectura, sí; pero á esto, no.
(Vase Felisa y cierra la puerta tras sí.)

ESCENA XV

DOÑA ANTONIA y DON MAURICIO

- D.^a ANT. Usted me dirá.
D. MAUR. Lo primero, que no se figure usted que vengo á leerle otro drama.
D.^a ANT. Mire usted; no dejo de agradecer la advertencia.
D. MAUR. Soy moro de paz. Acaso el único español que no haya escrito un drama. Pero prefiero ser la excepción á ser uno de tantos.
D.^a ANT. Y yo le felicito.
D. MAUR. Mi intención no es otra que hablarle á usted del autor de *La paloma herida*.
D.^a ANT. ¡El pobre Secano!
D. MAUR. El pobre Secano: usted lo ha dicho. La amistad que me une á él es antigua y desinteresada—de esa que nace en las aulas del instituto—y me duele y me affige verle como le veo.
D.^a ANT. En efecto: es una compasión. Yo no he sabido negarme á la lectura de esta noche. El piensa de mí que soy en esta casa una institución, que mi autoridad en ella es indiscutible... Se engaña. Pero sea lo que quiera, yo le aseguro á usted que no le faltará mi apoyo.
D. MAUR. Eso ya es bastante. Y aquí entro yo con mis manos lavadas.
D.^a ANT. Ya adivino lo que va usted á hacer: recomendarme el drama de su amigo como si fuera suyo propio.
D. MAUR. ¡No lo permita Dios!

- D.^a ANT. ¿Que sea suyo?
- D. MAUR. Ni que sea mío, ni que yo recomiende tal.
- D.^a ANT. ¿Entonces?...
- D. MAUR. Señora Pacheco, aquí se trata de salvar á un hombre; á una familia entera. Si Secano sigue adelante sin más norte de vida que sus dramas y sus locuras, esa gente perece. Y sería un dolor. Yo tengo amigos en la situación política actual: hoy por hoy, puedo fácilmente reponer á Secano en su antiguo empleo, y conseguir así que vuelvan las aguas á su curso. Mañana no sé si podré. Aquí se levanta uno con una situación y se acuesta con otra. Pues bien: yo pido á usted para ese pobre loco...
- D.^a ANT. (Interrumpiéndole.) Chist, silencio.
- D. MAUR. ¿Qué?
- D.^a ANT. (Prestando oído hacia la puerta.) Nada: creí que llegaba. Siga usted.
- D. MAUR. Yo pido á usted para ese desventurado amigo nuestro un desengaño tan doloroso y tan cruel que le obligue á romper la pluma y á quemar todos los papeles.
- (Pausa.)
- D.^a ANT. Si usted hubiera oído á su hija, que ha estado á verme esta misma noche, y me ha hecho encargo muy distinto del que usted me hace, comprendería la pena y el asombro con que le escucho.
- D. MAUR. Pues apelo á su conciencia de usted: si me oye á mí, entre los dos salvaremos á esa familia; si atiende usted á los ruegos y lágrimas de Irenita, no hará usted sino alentar en sus caballerías al infeliz Secano, empujando al despeñadero en que se halla, como tantos otros, por la ignorancia y por las dificultades de la vida.
- D.^a ANT. Me hace usted dudar. Pero ¿es que el drama no tiene pies ni cabeza?
- D. MAUR. El drama... ¿Usted ve al autor? Pues como el autor es el drama. ¿Cree usted posible que un pobre diablo que jamás tuvo esas aficiones, á quien nunca le pasaron las letras por la imaginación, de pronto se siente á la

mesa y escriba un drama bueno, nada más que porque tiene siete chicos y el sueldo no le alcanza? Esto es muy doloroso, pero...

D.^a ANT. Sí, señor, es verdad: el drama no es el que él ha escrito, sino el que él vive y representa. Se ha ponderado y voceado tanto, por lenguas y papeles, la ganancia del autor dramático en estos tiempos, que ha perdido la cabeza medio mundo.

D. MAUR. Añada usted á eso, señora, los sueños de gloria, la eterna aspiración á descollar sobre quien nos rodea, el halago de los aplausos...

D.^a ANT. ¡Ah, los aplausos!... A ellos, á ellos se debe principalmente que la escena tenga dos usas, como digo yo: Talía, que á mí me parece una gran señora, y una hermanastra suya tan desatinada y tan loca, que es capaz de volver tarumba al hombre más equilibrado y prudente. Imagine usted, con cuarenta años de teatro, lo que pudiera yo contarle á usted de estas cosas. Este arte, como ninguno, apasiona, deslumbra, emborriacha... No he visto nada igual. Aun aquellos mismos que públicamente fingen desdeñarlo, allá en su fuero interno lo estiman, lo quieren, y envidian sus glorias doradas... No en vano es un arte capaz de unir á muchos hombres en un momento... Pero nos apartamos de nuestro asunto, y don Abel va á presentarse y á dejarnos á media entrevista. ¿En qué quedamos?

D. MAUR. Eso usted lo ha de decir.

D.^a ANT. Pues quedamos en que, si el drama efectivamente es un disparate, como ya creo, salvaremos entre los dos á don Abel Secano.

D. MAUR. De usted depende.

D.^a ANT. La primera parte. La segunda, de usted. Cuente usted con el desahucio del dramaturgo.

D. MAUR. Cuente usted con que vuelve á su empleo. ¿Pactado?

D.^a ANT. Pactado.

D. MAUR. Y Dios dirá.

D.^a ANT. Y don Abel también. Porque, dejando á un

lado ya la formalidad de nuestro pacto, yo le aseguro á usted que Secano saldrá de aquí diciendo que usted es un mal amigo suyo y que yo soy una vieja loca.

- D. MAUR. Con tal que queme el drama...
D.^a ANT. Antes quema á uno de los chicos; no sea usted inocente.

ESCENA XVI

DICHOS, DON ABEL y FELISA

- D. ABEL (Desde dentro.) ¿Hay permiso?
D.^a ANT. Adelante.
(Sale don Abel. Felisa lo sigue.)
D. MAUR. ¡Si es nuestro hombre!
D. ABEL Te he estado buscando por la sala para presentarte á esta señora... ¡Tonto de mí! Conociéndote, he debido comprender que te anticiparías...
D.^a ANT. ¿No viene Carranza?
D. ABEL No, señora, no viene.
D.^a ANT. Me alegro.
D. ABEL Pero ha agradecido mucho la atención.
D.^a ANT. ¿Ve usted?
FEL. (Bajo á doña Antonia.) (Por supuesto, yo oigo la lectura.)
D.^a ANT. Sí, mujer; ya estoy.)
D. ABEL (Bajo á don Mauricio.) (¿Le habrás hecho el elogio de la obra?
D. MAUR. (A don Abel.) He hecho... lo que he debido hacer.
D. ABEL (Estrechándole las manos.) ¡Que Dios te lo pague!)
D.^a ANT. Cuando usted guste, amigo Secano.
D. ABEL Cuando usted mande, señora mía.
D.^a ANT. (A Felisa.) Cierra la puerta, tú; que no nos interrumpen. (A don Abel.) Aquí estará mejor. Siéntese.
D. ABEL. Muchísimas gracias.
(Se sientan todos. Doña Antonia, don Abel y don Mauricio, ante la mesita, formando un grupo. Felisa aparte, un poco lejos.) *

- FEL. (¡Y poquito que le va á gustar á mi señora! Con esta, ya la he oído yo seis veces.)
(Don Abel, temblando de emoción, desabróchase el chaleco y saca el trágico manuscrito.)
- D.^a ANT. ¿Querrá usted un poco de agua?
- D. ABE. Ahora no: más tarde, si acaso... (Lee con voz apagada y balbuciente.) «*La paloma herida*, drama en tres actos, original de don Abel Secano y Canseco... Personajes... Alfonsa, diecinueve años... Manuela, veinticinco años... Lolita, quince años...» Bueno, ya irán saliendo los personajes... No quiero cansar...
- D.^a ANT. Pero, por Dios, don Abel, que no es noche de estreno... Está usted temblando...
- D. ABE. Sí, si señora... estoy temblando... Usted me perdonará si soy ridículo... Estoy temblando... Y este temblor no es solo mío... no se queda aquí... va y viene... Porque ahora mismo... en este mismo instante... allá en mi casa tiemblan también todos los míos esperando el resultado de esta lectura... Y es que, para ellos y para mí, hay mucho dolor ó mucha alegría detrás de estos papeles... Este lo sabe... usted acaso lo adivina... yo lo puedo jurar... Perdóneme... perdóneme... Ya me iré serenando... (Hace un esfuerzo y continúa la lectura con voz cada vez más turbada.) «Acto primero... El teatro representa una sala de casa pobre... muy pobre... en un histórico pueblo de Castilla... Puertas al foro y laterales... Muebles... muebles desvencijados y rotos... A la izquierda una ventana... por donde entra un rayo de sol...» (El telón ha caído lentamente. Todavía, sin embargo, se oyen algunas palabras de don Abel) «Escena primera... Aparecen Alfonsa y Lolita...»



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Comedor muy pequeño en casa de don Abel Secano, en Madrid. Puerta al foro. Mesa vieja y pobre con tapete de hule más pobre y viejo que la mesa. Aparador sin platos. Sillas. Es de noche. Pendiente del techo, sobre la mesa, da su escasa luz una bombilla de cinco bujías enteramente «á cuerpo».

ESCENA PRIMERA

IRENE, LIBORIA y FOSO

(A Irene ya la conocemos; Liboria es la portera de la casa, que por cierto tiene bigote; Foso es un vecino viejo del cuarto de al lado, catador teatral y empleado en consumos. Viste de capa, gorro y babuchas. Fuma en pipa.)

IRENE Le aseguro á usted, señor Foso, que estoy yerta: de miedo y de frío. Si llego á ir al teatro me pongo mala y tengo que volverme.

Foso Calma, Irenita, calma: tranquilidad. La hora de la justicia ha llegado. Esta noche morderán el polvo los enemigos de su papá de usted. No siento más que no presenciarlo; pero me hace tanto mal salir de noche...

IRENE ¡Ay, Dios le oiga!

- LIB. ¡Que se fastidien! Yo, pa mí, como si lo estuviera viendo; porque miste, señorita Irene, que aquí el señor don Mauro sabe de cosas de teatro.
- FOSO (Vanidosamente.) ¡Psché!
- IRENE ¡Vaya si sabe! Papá cree en lo que usted le dice como en el Evangelio.
- FOSO Los años... la experiencia... He estrenado mucho, me han silbado mucho... y perdiendo se aprende, Irenita. Sin embargo, en el teatro nunca se acaba de aprender: el teatro es un arca cerrada.
- LIB. ¡Digo!
- IRENE Por eso yo no estoy tranquila...
- LIB. ¿Se acuerda usted, señor don Mauro, de la última obra que le echaron abajo en Novedades?
- FOSO ¡Ya lo creo! *La deshonra de una madre enferma ó los crímenes de los jesuitas.*
- LIB. Cabal.
- FOSO Bueno; aquel era un drama de pelea, de lucha: no podía salir bien. En el café lo dije yo por la tarde: «Esta noche me silban.» Y todos: «¡Ca, hombre, ca!» Y me silbaron.
- LIB. (A Irene.) ¿Eh?
- IRENE Pero, por Dios, no hablemos ahora de silbas; yo no tengo los nervios para oír hablar de silbas esta noche... ¡Cómo estará el pobre papá!... ¡Cómo irá la representación!...
- FOSO ¿Cómo ha de ir, Irenita? ¡A pedir de boca!
- LIB. ¡Ay, señorita, qué alegría!
- IRENE ¡Ay, portera, ay, vecino, yo no quiero creerlo! ¡Sería tanta felicidad! Deseo ver entrar á papá, y á mi hermano, y á la tía Luisita... y al mismo tiempo estoy temiéndolo... Diga usted, señor Foso: ¿la escena de Alfonsa y el sacerdote, no tiene peligro?
- FOSO ¿Quiere usted callar? ¡Si es la más segura de la obra!
- LIB. ¡Cómo lo ve todo desde casa!
- FOSO (Engreído) ¿Recuerda usted, Irenita, aquella frase del acto primero que dice: «El sol alumbraba sin preocuparse de que quemara, y quemaba sin preocuparse de que alumbrara?»

- IRENE Sí, señor.
- FOSO Pues ahí ha debido ser el primer aplauso de la noche. Tan seguro tuviera yo mi ascenso en consumos.
- IRENE ¡Ay, Dios lo quiera! Mire usted que son ya tres años y medio de padecer constante... ¡Cuánto disgusto! ¡Cuánto sinsabor! ¡Cuanto desengaño!
- FOSO ¡Ah! En este terreno no hay amigos. Dígalo el petardo que nos dió á todos aquel don Mauricio Regla y Salazar, el amigo del alma, ¿eh? el compañero de la escuela, que se fué á pedirle á la Pacheco que ni á tres tirones pusiese el drama. Poco le dijo su papá de usted cuando lo descubrió, para lo que se merecía.
- IRENE Es una de las cosas que á mí se me resiste creer: que aquel señor siempre tan bueno con nosotros...
- FOSO Usted es un ángel, Irenita...
- IRENE Como tampoco entiendo por qué la Pacheco hizo más caso de él que de papá.
- FOSO ¡La Pacheco está chocheando! Pero, así y todo, buenas tripas se le pondrán cuando se entere del triunfo. Lástima que el estreno sea en un teatrillo de mala muerte.
- LIB. (Prestando oído hacia la puerta.) Calle usted.
- IRENE ¿Qué pasa?
- LIB. Me parece que llaman al sereno. ¿No oye usted?
- IRENE Sí, efectivamente. ¿Habrá acabado ya la obra?
- FOSO ¡Es muy pronto!
- IRENE Yo voy á asomarme al balcón. (Vase por el foro hacia la izquierda.)
- FOSO ¡Qué alegría va á tener esta pobre niña!
- LIB. ¿Sí, verdá?
- IRENE (Asomándose llena de inquietud á la puerta.) ¡Es la tía Luisita! ¡la tía Luisita!
- LIB. ¿Sola?
- IRENE Con don Jovito el del tercero. (Vase corriendo hacia la derecha.)
- FOSO Pues sí que lo extraño. ¿Qué hora es ya? (Sacando su reloj.) Vaya usted á saber: este reloj no anda más que de día...

- LIB. Se conoce que se nos han ido las horas charla que charla.
- FOSO Eso debe de ser. Tengo... tengo... No obstante mi seguridad en la obra, tengo... tengo cierta emoción.
- LIB. ¡Ay, Dios mío!
- FOSO Nada, nada: descuide usted, que no ha pasado nada.

ESCENA II

DICHOS, LUISITA y DON JOVITO

(Salen con Irene. Luisita, solterona de buen ver, que usa quevedos, viene arrebatada, sofocadísima, llena de indignación. Don Jovito, vecino de la casa, ya entrado en años, es hombre apagado y pacífico.)

- IRENE (Pálida, trémula, asombrada.) Pero, por Dios, tía Luisita, ¿es eso posible?
- LUI. ¡Ay, qué rato! ¡ay, qué noche! ¡ay, qué indignación! ¡Sinvergüenzas! ¡canallas! ¡animales!
- FOSO Pero ¿ha terminado ya el drama?
- LUI. ¡Ay, qué gente! ¡ay, qué público! ¡ay, qué picardía! ¡Bandidos! ¡tunantes! ¡borrachones!
- IRENE ¿Oye usted, señor Foso?
- LUI. ¡Asesinos! ¡Destruir así el porvenir de una familia honrada! ¡Ay! ¡ay! Un abanico... ¿Qué digo un abanico?... ¡Un revólver! Porque yo mato á alguno, yo mato á alguno... ¡Ay, Dios mío! ¡ay, qué infamia! ¡qué infamia! ¡qué infamia!...
- FOSO (Atónito.) ¿Pero no hemos tenido un éxito muy grande?
- LUI. ¿Pero no me está usted oyendo, señor?
- D. JOV. Ha sido una desgracia; una mala noche...
- FOSO A ver, á ver, ¿quiere usted explicarnos?...
- IRENE Sí, sí; cuente usted, tía Luisita, cuente usted...
- LIB. Cuente usted...
- IRENE ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Cuántas ilusiones por tierra! ¡Pobrecito papá! ¡Pobrecitos

- nosotros todos! (Llorando.) ¡Ay, señor Foso, el teatro es un arca cerrada: tiene u-ted razón!
- LUI. Yo he pasado primero una angustia, y luego un sofoco, y después una rabieta... ¡Ay! ¡Por supuesto, mi cuñado es un calzonazos, un viva la Virgen!... ¡Si llego yo á ser hombre esta noche—que me ha faltado poco—yo no salgo de allí sin armar una gresca; sin pegarme con ocho ó diez, sin volar el teatro! ¡Piratas! ¡granujas! Y vengo decidida: tenemos que fundar un periódico, cueste lo que cueste. ¡Esto no queda así! Al concluir el segundo acto casi me dió un insulto. Gracias que don Jovito es muy amable, y me subió un refresco. ¡Ay! ¡ay!
- Foso (Impaciente.) Pero, ¡por los clavos de Cristo! ¿tiene u-ted la bondad de referirnos lo que ha pasado? ¿Es que ha habido muchas protestas?
- LUI. ¿Cómo protestas? ¡Un motín! ¡un escándalo! ¡un terremoto!
- D. Jov. Por ahí; por ahí...
- LUI. ¡De seguro que ha ido gente pagada!
- D. Jov. Por ahí...
- LUI. Porque la tomaban con todo, señor: con el drama, con los actores,—¡mala bomba en ellos!—con las actrices,—¡mala peste en ellas!—con los trajes,—¡ay, qué trajecitos!—Y venga gritar, y pegar patadas, y dar bastonazos... ¡Qué país este! En Francia no se silba; ni en Inglaterra... Y en Alemania, cuando no gusta una obra, se pide cerveza, y nada más.
- IRENE ¡Jesús! ¡Jesús!
- FOSO ¡Jesús mil veces!
- LUI. El uno que hacía el gato, el otro que hacía el perro, el otro que hacía el mirlo, diez ó doce lo menos que hacían el gallo...
- FOSO (Filosóficamente.) ¡El teatro es un arca cerrada!
- IRENE ¡Virgen mía de las Angustias! ¿Era esto lo que nos tenías reservado? Pero ¿ómo aseguraba usted, señor Foso, que iban á sacar á mi papá en triunfo?
- FOSO Irenita, ya estoy perplejo: yo estoy frente al caos.

- LIB. Si me dicen á mí que la inquilina del entresuelo ha venido una noche sola, no me asombro más.
- D. JOV. ¡Mucho!
- FOSO Vamos á ver, señora, vamos á ver... Porque yo me pellizco y... ¿Dónde empezó el jaleo?
- LUI. Calcule usted: empezó en el acto primero: en aquella frase tan bonita del galán en que dice que el sol alumbra sin reparar en que pica y viceversa.
- IRENE (Estupefacta.) ¿Está usted oyendo, señor Foso?
- FOSO (Después de soplar la pipa.) Me lo temía.
- IRENE ¿Que se lo temía usted?
- FOSO ¡Ya lo creo! Había callado, porque no me gusta alarmar; pero esa frase hay que decir-la muy bien, ó no tiene efecto ninguno.
- D. JOV. Ahí le duele.
- LUI. Pues aquel perro de cómico—¡mal rayo lo parta!—la dijo todo lo mal que pudo. Se equivocó al final. Por decir alumbra, dijo alambre. Y luego ¡qué galán! Así de estatura. Y sin voz. Del paraíso le gritaban: «¡Más alto!» «¡Más alto!»
- IRENE ¿Por la voz?
- LUI. ¡Y por la estatura, sería!
- FOSO Con elementos así, no hay éxito posible: ya me voy explicando la catástrofe.
- D. JOV. Por ahí...
- IRENE Dígame usted, tía: la escena de Alfonsa y el sacerdote, ¿cómo cayó?
- LUI. No me la nombres, hija. Allí fué Troya: allí fué lo grande. (Foso sopla otra vez la pipa por hacer algo.) ¿No ves que el público la traía emprendida desde el principio con el dichoso cura? Además, el bribonazo que hacía el papel, en lugar de afeitarse el bigote—¡mala tiña se lo consuma!—se lo tapó con pasta. Y á la cuenta lo hizo tan mal, que con el calor del teatro, y con los gestos de la escena, se le empezó á salir una guía lo mismo que una brocha. ¡No quieras oír á los guasones! «¡Que se afeitel!» «¡Que se afeitel!» «¡Ese cura es de pega!» El hombre se cortó, se azoró, y quiso seguir la escena de espaldas al público; pero en

esto se le cae el solideo, y cuando vieron que no tenía corona, fueron tales los gritos y las voces, que hubo que echar abajo el telón. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué corajina tengo! ¡Estoy furiosa!

FOSO Ya no hay más que oír ni que pensar: ya está descubierta la incógnita: lo imprevisto. El tiro que falla, el niño que llora, la estatua que estornuda... Lo imprevisto. ¡Si me ocurrió á mí en Price cuando estrené *La sotana y la levita ó los crímenes de los masones!* Primer acto: arriba; segundo acto: arriba; tercer acto: un personaje dice: «El señor obispo se acerca.» Y en lugar del obispo sale un perro de aguas. ¡Se acabó la obra! ¡No recuerdo tumulto igual! Tuve que marcharme á mi casa con barba postiza.

IRENE (En súbito arranque de indignación.) Pues si lo han silbado á usted tantas veces, ¿por qué se las echa de entendido?

FOSO ¿Eh?

D. JOV. Ahí le duele.

FOSO Oiga usted, niña, ya que me sale usted por peteneras: si su papá de usted hubiera sido un poco más modesto, y cogiendo su drama me hubiera dicho: «Amigo Foso, ahí está mi obra: dele usted cuatro toques», otro gallo le cantarí.

LUI. ¿Otro gallo? ¡Si usted le da esos toques que dice, arrastran á mi cuñado esta noche!

FOSO ¿Eh?

LUI. ¡Pues, claro, señor! Tiene razón Irene: ya cansa usted con tanto echárselas de sabio, y predicar cómo debe hacerse, y esto está mal y lo otro está peor... Y luego estrena usted y hay que avisar á la Cruz Roja.

D. JOV. Por ahí; por ahí...

FOSO Señora doña Luisita, el vulgo... etcétera, etcétera.. y pues lo paga... etcétera... hablarle en... etcétera, etcétera.

LUI. ¡Señor Foso, está usted en mi casa y me está usted faltando!

FOSO Señora doña Luisita, es que hay cosas...

LUI. ¡Pues si hay cosas, la primera cosa que debe usted mirar es que habla con una dama!...

- FOSO Acepto la repulsa, á fuer de prudente.
LUI. Bueno, bueno.
FOSO ¡Y tan bueno!
LUI. Bueno.
IRENE Han llamado. Ya están ahí. (Yéndose.) ¡Qué noche más distinta de la que soñábamos!
LUI. ¡Pobre Abel! ¡Quería á su drama como á un hijo!
LIB. Quite usted; si se parte el alma...
LUI. (A Liboria, que se asoma á la puerta.) ¿Son ellos?
LIB. Ellos son, sí señora.
LUI. (Yéndose á recibirlos.) ¡Ay, Jesús! Esto parece una pesadilla.
FOSO ¡Culparme á mí!... ¡culparme á mí!... ¡'ues hombre! ¿Soy yo el papa?
D. JOV. ¡Tremenda desgracia, señores! Yo he presenciado aquello y todavía no he entrado en calor.
LIB. Es un espanto, don Jovito. ¡Y en la situación que les coge!
D. JOV. Pues eso es lo horrible: que aquí no hay pan para mañana. ¡Deben hasta el aire!
FOSO Chito, que llegan ya.

ESCENA III

FOSO, DON JOVITO y LIBORIA; DON ABEL, EDUARDO,
IRENE y LUISITA

(Salen los cuatro últimos por este orden, silenciosos y mustios. Don Abel se sienta en una silla, abatido, sin decir palabra. Su hijo Eduardo permanece un momento abrazado á su hermana y luego se sienta sin hablar también. Luisita reprime sus nervios. Todos contemplan al autor con aire compasivo. Nadie se atreve á romper el silencio en un rato.)

- D. ABEL (Mirando á Foso, lleno de aflicción.) Amigo Foso, hemos perdido la batalla.
FOSO Lo sé, don Abel; y soy el primero en lamentarlo. Pero no tengo yo la culpa.
D. ABEL ¿Y quién lo culpa á usted, señor?
FOSO ¡Todos los presentes!
D. ABEL ¿Por qué? La culpa no es de nadie. La cul-

pa es mía: enteramente mía. Y mucho me duele mi equivocación, si la hay, en efecto; pero lo que más me aflige, me indigna, es la manera brutal, desconsiderada, soez, con que se ha rechazado mi trabajo, que á nadie ofendía; con que se han pisoteado mis ilusiones

IRENE Pero la silba ¿ha sido tan grande como dicen, papá?

D. ABEL Ha sido tremenda, hija mía.

EDU Tremenda, hermana.

IRENE ¿Ni aun en el paso de la muerte han aplaudido?

LUI. (Estallando.) ¿Cómo habían de aplaudir si uno de la orquesta había pue-to su sombrero junto á la concha del apuntador, y los de arriba empezaron á tirarle cosas? ¡Qué país! ¡Qué asco!

FOSO ¿también de eso seré yo responsable?

LUI. Lo que debes hacer, Abel, es darle más ensayos á la obra, acortar algunas escenas y meterle tres ó cuatro chistes al principio. Si á tí no te salen, Castañeda, el sastre del portal, tiene muy buenas ocurrencias.

LIB ¡Eso! ¡Y que la traguen!

FOSO Yo me reservo mi juicio.

D. JOV. ¿Y poniéndole música, gustaría?

LUI. ¡Qué barbaridad!

IRENE Calle usted por Dios, don Jovito...

LIB. ¡Míste que música! ¡Vamos!

D. JOV. Ustedes perdonen.

LUI. No hay más que hacer lo que yo he dicho, y quitar el cura. Al público le ha chocado el cura. Salió el cura, y todo se lo llevó el diablo.

LIB. Como que dice mi marido que las cosas de la iglesia no se deben sacar á las tablas.

D. JOV. ¡Mucho! ¡mucho!

LUI. Ya recordará éste que se lo aconsejé: haz de ese cura un comandante. No es preciso que sea el confesor de la familia. Los militares tienen mucha autoridad siempre. ¿Qué opina usted, Foso?

FOSO Insisto en que me reservo mi juicio. Pero

sí diré, que cuando á mí me silbaron *La herencia fingida ó los crímenes de los protestantes...*

IRENE Déjese usted de protestantes ahora...
D. ABEL Sí, sí; no deliremos. Lo ocurrido esta noche es irremediable.

IRENE Irremediable: esa es la verdad.
LIB. ¡Qué dolor! ¡Con lo que aquí se ha *fantasiado!*...

D. JOV. *Mala la hubisteis, ingleses,
en esa de Roncesvalles...*

FOSO Franceses, hombre.

D. JOV. Yo sé por lo que digo «ingleses».

LIB. ¿E tán llamando?

IRENE ¿Quién podrá ser ahora?

LUI. Castañeda, el de abajo, seguramente.

LIB. Deje usted; yo iré. (vase)

FOSO Pero, amigo don Abel, no sé qué me da verlo de esa manera. Levante usted el ánimo, hombre de Dios, que quién más, quién menos, ya sabemos á qué sabe el jarabe de silba. ¿O cree usted, por ventura, que es el primero á quien le ponen las orejas calientes? Han silbado á Lope, á Calderón, á Moreto, á Zorrilla, á Tamayo, á mí... ¡á todos, hombre, á todos!

LUI. Y, aparte de eso, Abel, que la obra es muy bonita, digan lo que quieran; que en el público ha habido gente envidiosa, y gente pagada ..

D. JOV. Y gente que no ha pagado también...

LUI. Que los cómicos la han degollado ..

D. ABEL Eso sí; no cabe discutirlo.

LUI. Que tenemos que fundar un periódico...

FOSO ¡Bravo! ¡Un periódico!

D. JOV. ¡or ahí...

FOSO ¡Muy bien! ¡muy bien! Yo me encargo de la revista de teatros.

LUI. Sí, señor; porque es muy triste que haya que aguantarse en un caso así.

D. ABEL Calla, Luisita, calla. Callad todos. No disparemos en nuestro afán de hallar paliativos á lo que no los tiene. Mi desengaño ha sido tan grande, tan cruel, que me hace

abrir los ojos á la realidad. ¿Qué importa ahora que el drama sea malo ó sea bueno, ni que el cura deba ser militar, ni que yo tenga quien me envidie, ni que Foso se equivoque ó acierte, ni que en el público haya habido mala fe, ni que al castigarme haya empleado groserías de taberna ó de plaza de toros? Lo tremendo aquí, lo pavoroso, es mi ruina total, mi ruina abrumadora; es que yo dejé mis medios de vivir por estas caballerías del teatro, y sacrifiqué neciamente á mis hijos; es que no veo solución á este desastre; es que no sé, no sé qué va á ser de mí ni de los míos, derrumbadas las esperanzas que puse en mi obra...

ESCENA IV

DIÓCHOS y DON MAURICIO

D. MAUR. (Presentándose oportunamente en la puerta.) ¿Se puede pasar?

(Movimiento en todos.)

D. ABEL. ¿Eh? (Avergonzado al verlo.) ¡Mauricio!

IRENE (Con timidez.) Adelante, señor Regla, adelante.

(Pasa don Mauricio y estrecha las manos á Irenita, mirando á los demás. Liboria asoma en este momento y contempla el cuadro. Foso vuelve á soplar la pipa. Cae rápidamente el telón.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Despacho elegante y severo de don Mauricio Regla y Salazar, en un ministerio. Al foro la mesa de trabajo y una mesita auxiliar. Chimenea encendida á la derecha del actor. Mampara á la izquierda. Es de día.

ESCENA V

DON MAURICIO y BERMÚDEZ

(Bermúdez poniendo documentos á la firma de don Mauricio.)

- D. MAUR. ¿Anoche se trabajó de firme?
BERM. Todo el personal estuvo aquí. El señor ministro quería esos datos para la sesión de hoy.
- D. MAUR. ¿Quién ha escrito esto?
BERM. Un sobrinito mío, que sirve de temporero hace un mes.
- D. MAUR. Tiene bonita letra.
BERM. Algo recuerda la escuela todavía.
- D. MAUR. Esta noche lo necesito á usted.
BERM. ¿A qué hora?
D. MAUR. Después de cenar. Nos reunimos en el café y nos venimos juntos. ¿Hay más?
BERM. No, señor. ¿Manda usted otra cosa?
D. MAUR. Nada. No deje usted de comprobar eso en la *Gaceta*.
BERM. Ahora mismo. Hasta luego.
D. MAUR. Adiós, Bermúdez. (vase éste con todos los documentos firmados.)

ESCENA VI

DON MAURICIO y PARRA; luego DON ABEL

(Don Mauricio fuma y hojea papeles. Después oprime el botón de un timbre, que suena dentro, y aparece Parra por la mampara. Parra es el portero mayor. Frisa con los cincuenta.)

- D. MAUR. Oiga, Parra.
PARRA Usía me dirá.

- D. MAUR. Sin usía.
PARRA Como es la primera vez que veo á usía esta mañana...
- D. MAUR. ¡Sin usía, hombre! Menos usía y más obediencia. ¿Ha venido alguien?
- PARRA Precisamente acaba de llegar el caballero de que ayer me habló usted.
- D. MAUR. ¿Y cómo no lo ha hecho usted pasar?
- PARRA Porque acaba de llegar, precisamente.
- D. MAUR. Pues que pase, que pase.
- PARRA En seguida. (Se va.)
(Don Mauricio se levanta, y de espaldas á la chimenea espera la visita. De pronto, Parra vuelve á abrir la mampara y deja pasar á don Abel.)
- D. ABEL. ¿Hay permiso?
- D. MAUR. Entra, hombre, entra. ¿Cómo te va?
- D. ABEL. Tirando.
- D. MAUR. ¿Y la gente menuda?
- D. ABEL. Bien todos. ¿Y tu hermana?
- D. MAUR. Así, así. (Mira á Parra.)
- PARRA ¿Desea usted algo?
- D. MAUR. Sí, señor: que se vaya usted, y que no se quede escuchando detrás de la mampara, como otras veces.
- PARRA Entendido.
- D. MAUR. Lo he dicho bien claro.
(Vase Parra.)

ESCENA VII

DON MAURICIO y DON ABEL

- D. ABEL Veo que no cambias de carácter. Genio y figura...
- D. MAUR. Es que este buen Parra es muy entrometido y muy hablador, y si no lo pongo á raya capaz es de acercarse á contarnos un cuento. Pero deja el sombrero, simple. ¿Vas á gastar cumplidos?
- D. ABEL (Obedeciéndolo.) Soy el pobre escribiente del ilustrísimo señor don Mauricio Regla y Salazar.
- D. MAUR. Eso, luego. Ahora eres mi amigo Abel Secano. (Lo abraza.) ¿Te has venido á cuerpo?

- D. ABEL Sí.
- D. MAUR. Pues hace un frío de todos los demonios.
- D. ABEL (Suspirando.) Sí lo hace, sí; pero... me he venido á cuerpo. Achaque de escribientes.
- D. MAUR. Ya se atenderá á todo. ¿Quieres un cigarrillo?
- D. ABEL Dámelo. ¡Buen despacho tienes!
- D. MAUR. No es malo, no.
- D. ABEL Te lo mereces todo, Mauricio. Mi familia está que no sabe dónde ponerte. Irenita ha recortado un retrato tuyo de no sé que periódico; le ha hecho un marco de paja de un sombrero mío, y te ha colgado en el comedor.
- D. MAUR. ¡Ja, ja! Dile que lo quite. Yo os mandaré uno bueno.
- D. ABEL Te lo cuento para que veas hasta dónde mis hijos saben agradecer lo que haces por su padre.
- D. MAUR. Bien está, bien está.
- D. ABEL A mí me has salvado.
- D. MAUR. Calla.
- D. ABEL Sobre sacarme de la cabeza mis caballerías literarias, mis locuras, me das un medio decoroso para que no me muera de hambre. Recobro el juicio, tengo pan que llevar á mi casa, y tengo tu amistad, que vale más que todo ello junto.
- D. MAUR. Oye una cosa. Tu reposición en tu antiguo destino va en vías de conseguirse. El ministro está conmigo á qué quieres boca. Allá veremos. Por de pronto, y por si tarda en arreglarse la combinación, aquí tienes esto que yo te doy. Es una á manera de gratificación por trabajos extraordinarios: sale de los gastos del material. Yo siento que sea tan poca cosa, pero, chico, algo es algo... Menos da una piedra.
- D. ABEL A mí me parece lo que me das un monte de oro; pero si te cuesta la menor violencia el proporcionármelo...
- D. MAUR. No digas tonterías... Ni se hable más del particular.
(Breve pausa.)

- D. ABEL. Qué, ¿no trabajamos?
- D. MAUR. Ahora, hombre, ahora; no tengas prisa. Lo tomas con ganas.
- D. ABEL. Sí; te aseguro que sí. Creía yo que al volver á subir las escaleras de esta casa, después de más de tres años de voluntario olvido, sentiría tristeza, pesadumbre; el dolor del retorno á la cárcel... Y ha sido al revés; he entrado animoso, contento... ¿Y á que no sabes a quién me he encontrado en la primera mesetilla?
- D. MAUR. ¿A quién?
- D. ABEL. A don Jesús...
- D. MAUR. ¡Ah! El gran don Jesús...
- D. ABEL. Y está lo mismo: parece que duerme en aguardiente. Me ha dicho que sigue haciendo sus visitas á nuestro negociado. ¿Querrás creer, chico, que desde que me dediqué á dramaturgo nunca volví á poner los pies allí?
- D. MAUR. Ya, ya.
- D. ABEL. ¿Se murió Cabra?
- D. MAUR. No. En el mismo pupitre lo tienes. Por razón de economías le han rebajado el sueldo mil reales, pero allí sigue.
- D. ABEL. Y no es que él se queje, ¿eh? ¡Pobre Cabra!
- D. MAUR. Vamos á trabajar. (Toca el timbre.)
- D. ABEL. Cuando quieras. Soy tuyo. Vuelvo á lo que fui lleno de alegría; de alegría sana... de alegría... de alegría... Yo tenía una facilidad de palabra que voy perdiendo.
- D. MAUR. No te importe. (A Parra, que se presenta en la mampara.) Traiga usted leña. (A don Abel.) Vas á ponerte frente á mí; aquí, en mi misma mesa. (Se sienta en su sillón. Don Abel obedece y se coloca frente á él.) Primero que nada quiero que copies esto.
- D. ABEL. Lo que tú me digas. ¿Hago letra corriente ó de adorno?
- D. MAUR. Corriente. Esmeradita, ¿sabes?
- D. ABEL. Descuide usted. Digo, descuida. ¿Te parece?
- D. MAUR. Yo, mientras, voy á preparar. . . Porque, chico, me traen de cabeza. (Pausa breve. Trabajan los dos.)

ESCENA VIII

DICHOS y BERMÚDEZ

- BERM. (Desde la mampara.) ¿Da usted su permiso?
D. MAUR. Adelante, Bermúdez. ¿Qué hay?
BERM. El señor ministro que tenga usted la bondad de ir á su despacho.
D. MAUR. Dígale usted que voy en seguida. ¿Hay alguien con él?
BERM. Sí, señor; ese diputado andaluz...
D. MAUR. ¿Narbona?
BERM. El mismo.
D. MAUR. Ya sé lo que quiere. Voy allá.
(Vase Bermúdez. Don Mauricio busca unos papeles, y cuando va á marcharse lo llama don Abel.)
D. ABEL. Mauricio.
D. MAUR. ¿Qué pasa?
D. ABEL. (Mostrándole el original de lo que copia.) Aquí se te ha escapado un galicismo.
D. MAUR. Bueno, pues déjalo; no te preocupes tú de esos detalles.
D. ABEL. Dispensa.
D. MAUR. Estás dispensado. En esta oficina, ninguno que tenga menos sueldo que yo, escribe mejor que yo. (Vase.)

ESCENA IX

DON ABEL y PARRA

- D. ABEL. ¡Je! Sus genialidades de siempre... Pero en esta oficina, como en todas, es un disparate escribir *desapercibiúo* por *inadvertido*. Y no hay que darle vueltas. (Vuelve á su labor.) También este *cuyo* es sandunguero... En fin, allá él... Una cosa es la amistad, y el estilo es otra cosa.
(Llega Parra con leña para la chimenea, cantando flamenco.)
PARRA. *Tú me dejaste solito...*
D. ABEL. ¿Eh?

PARRA ¡Ah! Usted perdone. Como vi salir al señor Regla, y no tenia costumbre de que usted viniese, creí que el despacho estaba solo.

D. ABEL Ya.

(Parra mueve en la chimenea los tizones y echa leña de la que trae.)

PARRA Se me hace raro que don Mauricio pida fuego... ¡Digo! El está siempre echando lumbre... Vamos, echando lumbre en el buen sentido... No es esto criticar.

ESCENA X

DICHOS y URRUTIA

(De improviso ábrese violentamente la mampara, y aparece Urrutia sombrero en mano.)

PARRA ¡Hombre! ¡hombre! ¿qué manera de entrar en un despacho es esa?

URRUT. No... no creí que el muelle estaba tan flojo.

PARRA Lo primero es pedir permiso.

URRUT. ¿Sí, verdad?

PARRA ¿Qué se le ofrece á usted?

URRUT. Me... me ha dicho el señor Regla que pase y que lo espere aquí. Y... y no doy más explicaciones.

PARRA ¡Bueno, hombre, bueno! ¿Tiene usted usía?

URRUT. To... todo se andará. (Reparando en don Abel, que lo está mirando sonriente.) ¡Don... don Abel!

D. ABEL ¡Amigo Urrutia!

URRUT ¡Tan... tanto tiempo sin verlo! ¿Cómo sigue usted?

D. ABEL Bien, ¿y usted? Está usted más gordo.

URRUT. La... la buena vida. Y... usted está más alto.

D. ABEL ¿Más alto? ¡Ya no tengo edad de crecer!

URRUT. Se... serán los tacones.

PARRA (Al marcharse, por decir algo.) No alcen mucho la voz, que luego se oye todo y se enfada el señor ministro.

URRUT. ¿Ah, sí? Yo... yo creí que el ministro era usted.

PARRA] Pues yo lo tomé á usted por el Presidente del Consejo. ¡Mira éste ahora! (se va.)
URRUT. ¡Qué... qué tunante! Se... se figuran que son generales porque tienen galonés. Me... me las traigo yo con los porteritos.

ESCENA XI

DON ABEL y URRUTIA

D. ABEL ¡Vaya, vaya con el amigo Urrutia! ¡Si viera usted lo que yo gozo saludando á mis antiguos compañeros de covachuelal

URRUT. ¿Y... y qué hace usted aquí, ahora que me acuerdo?

D. ABEL (Vergonzosamente.) Pues... nada... que Mauricio me necesita para un trabajo delicado... y como yo soy siempre el mismo... el amigo de mis amigos... ¿Y usted? ¿A qué debemos esta visita?

URRUT. Ven... vengo á darle las gracias á don Mauricio.

D. ABEL ¿Por qué?

URRUT. Me... me ha ascendido á seis... Me... me ha hecho hombre. Usted calcule: siete duritos más...

D. ABEL Que sea enhorabuena, querido Urrutia. (Se sienta junto á la chimenea. Urrutia se sienta también, después de calentarse un poco.)

URRUT. ¿A usted lo ha colocado de nuevo?

D. ABEL Tras de ello anda ahora.

URRUT. ¿Pe... pero eso no querrá decir que usted abandone el teatro?

D. ABEL Hombre... el teatro... el teatro...

URRUT. ¿Es... estrenó usted *La cotorra herida*?

D. ABEL *La paloma*...

URRUT. Eso es: *La paloma mensajera*.

D. ABEL *Herida, herida*.

URRUT. *Herida*, eso es. ¡Qué cabezota soy!

D. ABEL La estrené; sí señor: en mal hora... y por mi desgracia.

URRUT. ¿Se... se la *machacaron* á usted?

D. ABEL ¿Y cómo no, querido Urrutia? *La vida es*

sueño no resiste el embate de aquél público alborotador, levantisco, para quien la única diversión era el fracaso. ¡Qué noche! No quiero acordarme. Ya pasó, ya pasó.

URRUT.

A... á mí, en buena hora lo diga, hasta el presente no me han *machaca/lo* ninguna.

D. ABEL

(Perplejo.) Pero... ¿cómo? ¿Usted?... ¿usted?...

URRUT

¡Qué... qué cara pone!

D. ABEL

¿Usted también se ha dado á las letras?

URRUT.

¿A... á las letras? ¡Un cuerno! ¡Al... al teatro! He estrenado un par de piececitas... con un amigo.

D. ABEL

¿Dónde?

URRUT.

En... en la *Sociedad Carrascosa*.

D. ABEL

¿Y quién es Carrascosa?

URRUT.

Ca... Carrascosa es un fresco que ha hecho dos sainetitos y que ya tiene Sociedad.

D. ABEL

¡Caramba, hombre, caramba! ¡Qué sorpresa!

URRUT

La... la última la estrené el mes pasado.

D. ABEL

¿Cómo se titula?

URRUT.

Cas... Castañas al vapor. Es muy gorda.

D. ABEL

¿Y gustó?

URRUT.

Se... se rieron. A... ahora resulta que tengo gracia, don Abel...

D. ABEL

No es mala fortuna.

URRUT.

Ver... verdad que no; porque el público no quiere tristezas.

D. ABEL

Sí; pero métase usted á torcer el temperamento del artista. Yo no siento lo cómico. no lo siento. A usted, verbi gracia, le sale al paso una pelota de mosquitos en el Retiro, y hace un chiste.

URRUT.

Se... seguramente.

D. ABEL

Yo no; yo veo el paludismo que acecha.

URRUT.

Pues... pues es una gaita. Y ¿sabe usted lo que le digo? Que no ganará nunca dinero con esas cosas.

D. ABEL

Bien, esto es aparte; yo ya no me ocupo...

URRUT.

¿Có... cómo que no?

D. ABEL

No, señor, no; estoy desengañado, vencido... Paso de escritor á escribiente.

URRUT.

¡Buen tonto está usted! Pudiendo hacer e rico...

D. ABEL

Hay mucho de leyenda en eso.

- URRUT. Si... si yo, con los argumentos que se me ocurren, supiera redactar como usted...
- D. ABEL ¿Qué quiere decir redactar?
- URRUT. Re... redactar. Mire usted, don Abel: en lo que hablan los personajes de mis obras, ¡anda con Dios! que mal que bien, me apañó, porque si se me va alguna faltilla de ortografía, co... como las haches no suenan, á Dios gracias, desde el público no se advierte; pero me pongo á redactar, es un ejemplo, dónde han de estar las puertas, ó si hay escalinata en un jardín, ó un ga... gabinetito modernista, de estos complicados, y ya me tiene usted sudando á chorros.
- D. ABEL Ah, naturalmente. Careciendo de letras, de cierta cultura... A mí eso no me importa. Yo tiro de pluma y me describo á San Francisco el Grande sin dejar un santo en el tintero.
- URRUT. Es... es que usted ha leído muchas novelas. ¡Ojalá encontrara yo un colaborador como usted!
- D. ABEL Vamos, vamos; ¿quiere usted callar, hombre?...
- URRUT. No... no se haga usted el chiquito. Oiga usted, oiga usted... Le... le voy á contar á usted un argumento que se me ha ocurrido en el tranvía.
- D. ABEL ¡Ja, ja, ja! ¡Este Urrutia!...
- URRUT. Ve... verá usted. El!o es un capitán de un barco mer... mercante, que trae de América dos loros.
- D. ABEL ¿Dos loros?
- URRUT. Sí... sí, señor; si por eso me equivoqué yo con lo de la cotorra; porque venía reinando en esto de los loros. Bueno, pues en la travesía... Pero no; verá usted: uno de los loros es para la que... queridilla del capitán...
- D. ABEL ¡Je!
- URRUT. Y el otro para una vieja muy beata. En la tra... travesía, que es á lo que iba antes, al loro de su queridilla le enseña muchas pa... palabrotas, por... porquerías, co... cosas verdes, para reirse luego cuando estén almor-

zando; y al de la beata le enseña la letanía' el gori-gori, y otras pamplinas por el estilo. Bueno, pues el criado del capitán, al llevarlos así que llegan, cam... cambia los loros.

D. ABEL

¡Ja, ja, ja! ¡Es graciosísimo!

URRUT.

¿Verdad que lo es?

D. ABEL

Está, está bien ideado.

URRUT.

¿Quiere usted que hagamos la obra juntos?

D. ABEL

¿Juntos?

URRUT.

Sí, señor.

D. ABEL

No... si yo no... Estoy fuera de juego... Además, me he prometido á mí mismo... Aparte de que no tengo gracia maldita.

URRUT.

¿Qué no tiene usted gracia? ¡Por quintales!

D. ABEL

¿Yo?

URRUT.

Natural. El que se cree que no la tiene es el que la tiene, como me pasa á mí.

D. ABEL

Es posible... es posible...

URRUT.

Há... hágame usted caso: yo vivo en la calle Latoneros, cuatro, segundo. Se va usted por allí unas cuantas tardes, y pitillo va, pitillo viene, nos sorbemos la obra en ocho días.

D. ABEL

Pero si la cuestión es que yo tengo el compromiso moral... Y cuidado que en ese tema de los loros empiezo á ver cosas... ¿Usted habrá imaginado la acción en casa de la vieja?

URRUT.

Es... es igual.

D. ABEL

Porque á mí se me ocurre que esa vieja puede tener una criada picantilla...

URRUT.

Sí, señor; ¡con un novio soldado!

D. ABEL

¡Muy bien! ¡Y entre los dos le enseñan más picardihuelas al loro!

URRUT.

¡Y los sorprende la beata y tiene que esconderse el soldado debajo de la mesa!

D. ABEL

¡Ja, ja, ja!

URRUT.

¡Ja, ja, ja!

(Los dos se ríen de buena fe, con la llama de la inspiración en los ojos. Llega don Mauricio en tal punto, más cargado de papeles que se marchó, y los observa estupefacto. Don Abel y Urrutia, engolfados como se hallan en su creación, no advierten la presencia del jefe.)

ESCENA XII

DICHOS y DON MAURICIO

D. ABEL. ¡Y haremos que esté un poco borracho!
URRUT. ¡Su... superior! ¡Y que diga algunas cosas en voz alta!

D. ABEL. Y la criada le dirá á la vieja: «¡Es el loro, es el loro!» ¡Ja, ja, ja!

URRUT. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene usted más gracia que yo!

D. ABEL. No, hombre... Lo que hay es que en este asunto veo... veo... reconozco que veo...

(En efecto, ve á don Mauricio y se queda yerto. Urrutia lo ve también después y quisiera que la tierra se lo tragase. Hay unos momentos en que don Mauricio acusa con la mirada á los dos y ellos no se atreven ni á respirar.)

D. MAUR. (Con entereza) ¡Salga usted de mi despacho, señor Urrutia!

URRUT. Don... Don Mauricio...

D. MAUR. ¡Salga usted! (Urrutia se estremece y se encamina hacia la mampara tembloroso y desconcertado. A mitad de camino don Mauricio vuelve á llamarlo.) ¡Oiga usted!

URRUT. (Volviéndose de un salto.) Man... mande usted.

D. MAUR. ¡Sirva usted para algo! (Entregándole unos pocos papeles de los que trae.) Llévelo usted estos documentos al señor Cortegana.

URRUT. ¿Quién... quién es el señor Cortegana?

D. MAUR. ¡Tiene usted el deber de saberlo!

URRUT. Es... es verdad... Yo... yo venía á darle á usted la enhorabuena... digo, no... á que me diera usted las gracias... digo, no...

D. MAUR. ¡Silencio! (Dice esto tan violentamente que se le caen los papeles á Urrutia.) ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Recoja usted esos documentos en seguida, y ordénelos según estaban, ó lo suspendo á usted de empleo y sueldo!

URRUT. Sí... sí, señor. ¿Es *pata* la mía? (Como puede el hombre recoge los papeles del suelo, invirtiendo doble tiempo del que invertiría si estuviera tranquilo, y lue-

go procura ordenarlos sobre la mesita auxiliar. Entre tanto don Abel y don Mauricio hablan lo que sigue.)

- D. MAUR. Abel, lo que he visto, ni siquiera es digno de tí. Me has engañado: me has traicionado.
- D. ABEL Perdóname. Es muy difícil en tan pocos días aventar las cenizas de unas ilusiones, acaso por locas más queridas... Si alguna vez has tenido ilusiones, sabrás perdonarme.
- D. MAUR. He tenido ilusiones; y aún las tengo. Pero cuando han sido desatinadas, he sabido ahogarlas en flor. Para eso está el sentido común. ¿Es que tus promesas nada pueden contigo? ¿Es que nada valen tampoco mis consejos? ¿O es que vas á recobrar la razón cuando te estés muriendo, como don Quijote? Siéntate, que para que le tomes el gusto al trabajo, vamos á llevarnos aquí hasta las tres de la madrugada.
- D. ABEL Lo que tú ordenes haré yo.
- D. MAUR. Coge cuartillas, que te voy á dictar. (Mientras don Abel se dispone á ello, dice contemplándolo con lástima.) (Es enfermedad incurable. ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero.)
- D. ABEL Cuando gustes.
- D. MAUR. (Paseando.) Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, coma... de la Armada, coma... (Urrutia, oyéndole dictar, se esfuerza en reprimir la risa.)
- D. ABEL (Sin esperar más comas.) Pero, Mauricio...
- D. MAUR. ¿Qué?
- D. ABEL Me dejas turuiato... ¿Aun sigues con tu antigua manía de reformar y regenerar á España?
- D. MAUR. Aun sigo, sí... Escribe. De la Agricultura, coma... de la Industria, coma... (Suena un timbre.) Aguarda un instante. (Se va.)

ESCENA ULTIMA

DON ABEL y URRUTIA

- D. ABEL (Apenas desaparece don Mauricio.) ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero.
- URRUT. No... no, señor, no lo tiene. Le... le riñe á usted porque escribe comedias, y está todavía con la pa... paparrucha de las bases.
- D. ABEL. ¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Qué cosas!... Indudable, amigo Urrutia, indudable... La vida es una gran tragedia con personajes de sainete...
- URRUT. ¡Mu... muy bien dicho!
- D. ABEL. ¿Quién había de pensar que ese hombre?...
- URRUT. ¡Si hay para soltar la carcajada!
- D. ABEL. ¡Pa... para soltar la carcajada!
- URRUT. Es claro: el público hace bien... Lo que quiere es risa y más risa... y risa y más risa...
- D. ABEL. ¿Qué... qué le he dicho á usted yo?
- URRUT. ¡Como que en la vida no hay más que tipos cómicos! Yo soy un tipo cómico...
- D. ABEL. ¡Sí... sí señor!
- URRUT. Usted es un tipo cómico. .
- D. ABEL. ¡Sí... sí señor!
- URRUT. Mauricio es otro tipo cómico...
- D. ABEL. ¡Sí... sí señor!
- URRUT. El propio ministro del ramo, ¿no es un tipo cómico?...
- D. ABEL. ¡Más cómico que todos juntos!
- URRUT. Sí, sí... Como la luz, como la luz... Hay que escribir una obra cómica. Amigo Urrutia.
- D. ABEL. A... amigo don Abel. ¿Lo aguardo á usted mañana?
- URRUT. No, señor: esta noche.
- D. ABEL. ¡Me.. mejor que mejor!
- URRUT. ¿Latonereros...?
- D. ABEL. Cua... cuatro, segundo.
- URRUT. Pues hasta luego.
- D. ABEL. Hasta luego.
- URRUT. ¡Un abrazo, colaborador!
- D. ABEL. (Abrazándose á él.) ¡Un... un abrazo! ¡El porvenir es nuestro!

- D. ABEL ¡Saldremos á la escena juntos!
URRUT. ¡Co... como Daoiz y Velarde!
D. ABEL ¡Hasta luego!
URRUT. ¡Has... hasta luego! (Yéndose radiante de júbilo.)
 ¡Ti... tipos cómicos... ti... tipos cómicos... mu-
 chos ti... tipos cómicos...
D. ABEL (Echando llamas por los ojos.) Tipos cómicos... ti-
 pos cómicos... No hay más que tipos có-
 micos...

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Mayo, 1905.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES



- Esgrima y amor**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- Belén, 12, principal**, juguete cómico.
- Gilito**, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.^a edición)
- La media naranja**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- El tío de la flauta**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- El ojito derecho**, entremés. (3.^a edición.)
- La reja**, comedia en un acto. (4.^a edición.)
- La buena sombra**, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.^a edición.)
- El peregrino**, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
- La vida íntima**, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
- Los borrachos**, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.^a edición.)
- El chiquillo**, entremés. (5.^a edición.)
- Las casas de cartón**, juguete cómico.
- El traje de luces**, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
- El patio**, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
- El motete**, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- El estreno**, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
- Los Galeotes**, comedia en cuatro actos. (3.^a edición.)
- La pena**, drama en dos cuadros. (2.^a edición.)
- La azotea**, comedia en un acto.
- El género ínfimo**, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
- El nido**, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
- Las flores**, comedia en tres actos.
- Los piropos**, entremés.
- El flechazo**, entremés.
- El amor en el teatro**, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
- Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo!** humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
- La dicha ajena**, comedia en tres actos y un prólogo.
- Pepita Reyes**, comedia en dos actos.
- Los meritorios**, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La contrata, propósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

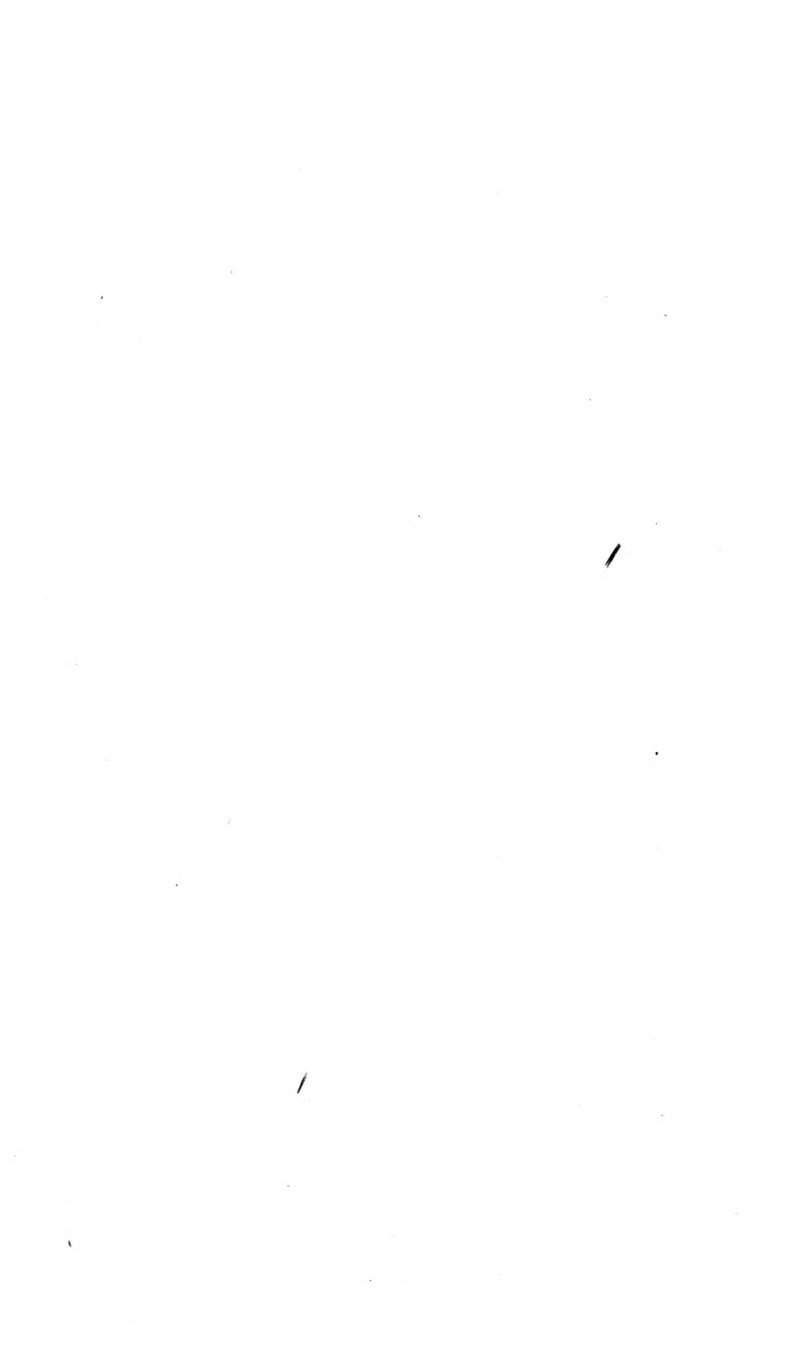
La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.







PRECIO: DOS PESETAS

Todo ejemplar que no lleve el sello de la Sociedad de Autores Españoles, será considerado como fraudulento.

1. La Most Loca
2. Manita, Mana
3. Menateruel
4. EL Nido
5. Ladina de Juana
6. El Niño Prodigio
6. Novelera
7. Los Ojos de Luto
8. Los Pápiros
9. Pasionera
10. EL PATIMILLO
11. EL Patio,
12. Pedro López

**RARE BOOK
COLLECTION**

**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.20
no.1-14

